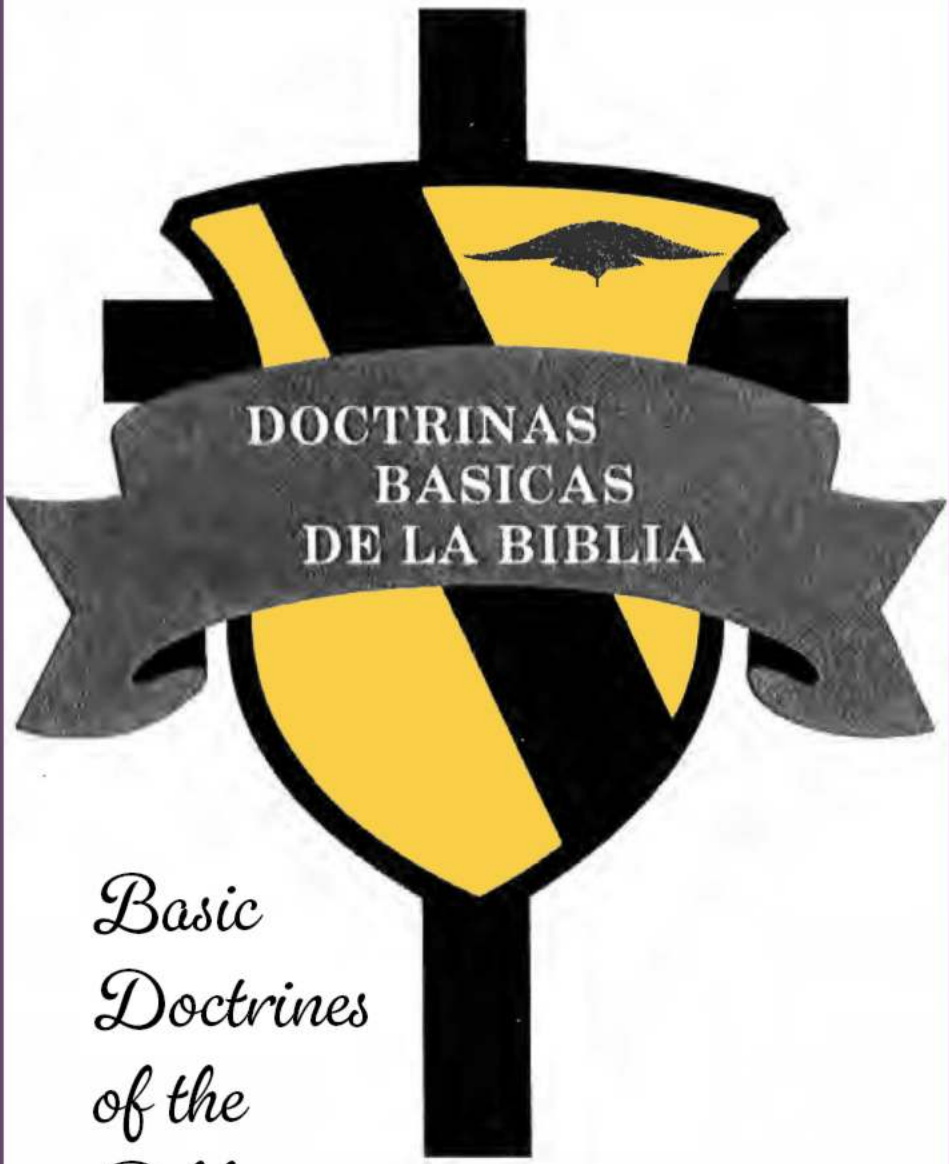


Basic Doctrines of the Bible

DOCTRINAS BASICAS DE LA BIBLIA

PROFESOR ARMIN W. SCHUETZE
TRADUCCION
DAVID OREA LUNA
Y
ERNEST ZIMDARS

DERECHOS RESERVADOS 1969

CONTENIDO

I	EL CONOCIMIENTO DE DIOS	5
II	LA NATURALEZA DE DIOS	15
III	EL ORIGEN DEL MUNDO	23
IV	EL PECADO	31
V	JESUCRISTO	37
VI	LA REDENCION	45
VII	LA FE	53
VIII	LOS FRUTOS DE LA FE	59
IX	LA ORACION	65
X	LOS MEDIOS DE GRACIA	71
XI	EL BAUTISMO	77
XII	LA CENA DEL SEÑOR	83
XIII	LA IGLESIA	91
XIV	EL MINISTERIO	99
XV	LA IGLESIA Y EL GOBIERNO	105
XVI	EL FIN DE TODAS LAS COSAS Y LA ETERNIDAD	111

I EL CONOCIMIENTO DE DIOS

HAY UN DIOS

¿Hay un Dios? Por supuesto que sí. Los hombres siempre han aceptado el hecho de su existencia. Al recorrer el registro de la

historia, se encuentra que el hombre en cada época ha reconocido que hay un Dios, o posiblemente muchos dioses. Cualquier idea que los hombres tuvieran de su dios o dioses, nunca pusieron en tela de duda su existencia. La Biblia también principia sencillamente hablando de Dios. Presupone que su existencia no necesita probarse. De hecho, el salmista dice: "Dijo el necio en su corazón: No hay Dios" (Salmo 14:1). La existencia de Dios se evidencia por ella misma.

No obstante, los hombres niegan la existencia de Dios. El ateo desempeña el papel de necio, de acuerdo con las palabras del salmista, y dice: "No hay Dios". Otros igualmente necios pueden decir: "Dios está muerto". El agnóstico no asume tanto. El dice: "Yo no sé, ni puedo saber si hay un Dios". En un mundo materialista el hombre quiere una evidencia material de la existencia de Dios. En una edad científica los hombres exigen una respuesta científica. Un cosmonauta ruso piensa que él ha probado su ateísmo diciendo que no encontró a Dios en el espacio.

NO HAY PRUEBAS CIENTIFICAS

La existencia de Dios no puede ser probada racional o científicamente. A ningún hombre se le puede obligar a aceptar la realidad de Dios por inferencia racional. La existencia de Dios no puede demostrarse en una probeta para la satisfacción de un científico. No es posible demostrar la existencia de Dios de la misma manera que se puede probar que el agua se compone de hidrógeno y oxígeno. No se puede llegar a la conclusión de que Dios existe, de igual modo que uno concluye que dos más dos son cuatro. La existencia de Dios es conocida por la fé. Es simplemente cosa de creer la revelación que Dios ha dado de sí mismo. Es solo cuestión de aceptar la evidencia que Dios ha puesto ante el hombre.

DIOS SE REVELA A SI MISMO EN LA NATURALEZA

La totalidad del mundo creado le dice al hombre que hay un

Creador y lo revela a la humanidad. San Pablo destaca este punto diciendo: "Porque las cosas invisibles de El, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendida por las cosas que son hechas" (Romanos 1:20). Aunque el hombre no pueda ver a Dios, sí puede ver su creación. Esta creación proclama a su Creador, tal como la existencia de un reloj presupone la existencia de un relojero y revela algo sobre él. Así el salmista dice: "Los cielos cuentan la gloria de Dios: y la expansión denuncia la obra de sus manos" (Salmo 19:1).

De hecho, siempre cuando las semillas son sembradas, crecen y producen una cosecha para preservar la vida, ésto es un recordatorio que debe haber un Dios detrás de todo ello, un Dios que se ocupa del hombre, un Dios de bondad. San Pablo en su primer viaje misionero dijo a los habitantes de Listra: "Si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, y dándonos lluvia del cielo y tiempos fructíferos, hinchiendo de mantenimiento y de alegría nuestros corazones" (Hechos 14:17). Aun los autores paganos han reconocido ésto. Cicerón escribió hace mucho: "Tú no ves a Dios, sin embargo, lo conoces a través de sus obras".

En adición a ésto, Dios ha grabado su ley en el corazón del hombre. El hombre tiene una conciencia que le recuerda que tendrá que dar cuenta de sí mismo a alguien que es el supremo legislador y juez. San Pablo habla de los gentiles que no tenían la ley escrita como fué dada por medio de Moisés. Sin embargo, él dice que los gentiles están "mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio juntamente sus conciencias, y acusándose y también excusándose sus pensamientos unos con otros" (Romanos 2:15). Una conciencia acusadora es testimonio de la existencia de un juez supremo.

Cualquier hombre que insista: "No hay Dios", está cerrando su mente ante toda esta evidencia. El debe llegar a ser completamente irrazonable; la Escritura le llama "un necio".

Sin embargo, es verdad que Dios se da a conocer al hombre por medio de la naturaleza sólo en un grado limitado. Cuando más, el hombre conocerá a Dios como un ser eterno, sabio y glorioso, lleno de poder y justo, un Dios que deba ser temido. Aun ésto deja al

hombre completamente en lo oscuro sobre su relación personal con Dios, acerca de todas las cosas que se tienden más allá de este mundo. Esto no revela lo que Dios tiene en mente para el hombre en la eternidad. La auto-revelación de Dios en la naturaleza le muestra como un Dios de poder y de creación. Es completamente inadecuado para revelarle a El como un Dios de gracia y de salvación.

LA COMPLETA AUTOREVELACION DE DIOS EN LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Para que el hombre sepa algo más acerca de Dios de lo que pueda ser visto en la naturaleza, Dios mismo tendrá que revelárselo. Esto lo ha hecho Dios. El se había revelado a sí mismo por un medio muy directo y especial: hablando al hombre. La auto-revelación especial de Dios es a través de la Palabra. Por muchos siglos habló al hombre a través de hombres conocidos como profetas. Finalmente, El mismo entró en este mundo en forma humana. En Jesucristo el Hijo de Dios llegó a ser hombre y vivió entre hombres, revelando a Dios al hombre. El autor de la epístola a los Hebreos escribe: "Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos prosteros días nos ha hablado por el Hijo" (Hebreos 1:1,2). En y a través de Cristo, el hombre tiene la más completa revelación de Dios. Jesús dijo: "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan 14:9). Dijo que ningún hombre conoce al Padre "sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quisiere revelar" (Mateo 11:27). San Juan escribe en su Evangelio: "A Dios nadie le vió jamás; el unigénito Hijo que está en el seno del Padre, él le declaró" (Le ha dado a conocer). (Juan 1:18).

Pero, ¿cómo puede hoy el hombre saber lo que Dios habló a través de los profetas, lo que Jesús hizo saber? Todo esto, Dios lo ha dado al hombre en una forma registrada en las Escrituras del Antiguo y el Nuevo Testamento.

LA NATURALEZA DE LAS ESCRITURAS

Esto suscita la siguiente pregunta: ¿Qué clase de escritos son las

Escrituras? ¿Son simplemente esto, lo que los seres humanos hayan registrado en un medio humano, con palabras humanas, lo que Dios en algún tiempo había hablado y hecho?

Es evidente que el lenguaje humano está siendo usado en la Escritura. Los idiomas originales, el griego y el hebreo (arameo), fueron hablados por seres humanos. Cuando éstos son traducidos a nuestro idioma, aún continúan siendo las Escrituras en lenguaje humano. Es evidente también, que los autores que escribieron los varios libros de la Biblia, escribieron en un estilo que fué natural en ellos. Es posible distinguir el estilo de Pablo del de Juan. Estos hombres usaron el vocabulario que ellos habían aprendido. ¿Pero significa ésto que la Biblia es simplemente un libro humano, un registro puramente humano de lo que Dios reveló al hombre?

¿Qué es lo que las Escrituras afirman ser? Repetidamente en el Antiguo Testamento los profetas dicen: "Así ha dicho el Señor". Ellos afirman estar hablando la Palabra de Dios. San Pablo dice a Timoteo: "Toda Escritura es inspirada divinamente" (2a. Timoteo 3:16). Pedro también dice: "Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo" (2a. Pedro 1:21). La Escritura hace esta afirmación por el Nuevo y el Antiguo Testamento. De hecho, San Pablo aun profesa que las palabras mismas que él y otros apóstoles hablaron les fueron dadas por inspiración divina. El destaca que ellos hablaron "no con doctas palabras de humana sabiduría, más con doctrina del Espíritu" (1a. Corintios 2:13). La suma de todo eso es ésta: Las Escrituras afirman ser la Palabra misma de Dios, escrita por hombres quienes fueron inspirados por el Espíritu Santo. Ellas afirman ser ésto en todo lo que dicen, en cada palabra que contienen. Aunque hombres fueron escogidos para escribir las Escrituras en lenguaje humano, Dios los inspiró de tal modo que cada palabra que ellos produjeron es su Palabra, cada pensamiento que estas palabras expresan es el pensamiento divino.

¿PUEDE LA ESCRITURA DAR TESTIMONIO DE SI MISMA?

¿Pero son las afirmaciones que la Escritura hace de sí misma

prueba de algo? Al hombre que desea cambiar un cheque en el banco le dicen que debe tener alguna identificación aparte de su propia palabra. Otro tiene que comprobar que él es lo que reclama ser.

Con todo no hay ninguna autoridad más alta que Dios mismo al cual uno se puede dirigir para verificar la verdad de lo que Dios dice. Ningún hombre, ninguna iglesia puede ser autoridad sobre Dios para probar que la Palabra de Dios es lo que reclama ser. Por lo que hace la Palabra de Dios ella convence al corazón humano que sus afirmaciones son verídicas. Jesús dijo: "El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina si viene de Dios, o si yo hablo de mí mismo" (Juan 7:17).

La Palabra de Dios le habla al hombre de su pecado; le convence de su pecado. ¡Con qué poder y verdad descubre ella la naturaleza interior del hombre! Luego Dios le habla al hombre acerca de su gracia en Cristo. A la vez que el Evangelio se dirige al corazón humano, el Espíritu Santo obra la fé en el perdón divino, produce la esperanza, y da la seguridad de la salvación. De este modo la Palabra misma de Dios, por la obra del Espíritu Santo, produce la fé aún en sus afirmaciones acerca de sí misma. Esta no es una prueba de lógica acerca de sus afirmaciones; ésta no es una autenticación humana. Es el modo de Dios mismo, el modo del Espíritu Santo para "probar" que le Escritura es lo que afirma ser.

LA ESCRITURA — INFALIBLE (SIN ERROR)

Lo que Dios dice es la verdad. Jesús dijo al Padre celestial: "Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad" (Juan 17:17). Aun de una sola palabra del Antiguo Testamento (Salmo 82:6) dice Jesús: "La Escritura no puede ser quebrantada" (Juan 10:35). Por ser la Palabra de Dios, la Escritura es verdadera, no engaña, no dice ninguna mentira, es infalible. Es verdadera y sin error en todo lo que dice. Aunque no reclame ser un texto de geografía, sin embargo, es verdadera en sus datos geográficos. Aunque no fué dada como un libro de ciencia, la verdadera ciencia no encontrará en ella error a lo que toque a este tema. Contiene mucha historia, y toda es ver-

dadera, porque la Escritura no es un libro meramente humano. Su autor es Dios.

LA ESCRITURA ES CLARA

La Escritura es una clara revelación de Dios. En ella Dios habla claramente al hombre. El salmista dice: "Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino" (Salmo 119:105). Pedro nos exhorta a guardar la "palabra profética más permanente —, como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro" (2a. Pedro 1:19). Los faros que están tapados por el lodo echan poca luz en el camino. La Palabra de Dios podría disipar poca luz en el lugar oscuro si ella misma fuera oscura.

Eso no significa que la Escritura no contiene secciones y pasajes que son más difíciles de entender que otros. Quizá por su falta de conocimiento el hombre jamás llegará a entender por completo algunos de ellos. La Escritura misma dice que en las epístolas de San Pablo "hay algunas (cosas) difíciles de entender" (2a. Pedro 3:16). Sin embargo, Dios revela su voluntad claramente a los hombres, su plan de salvación, las bendiciones que El ha preparado para el hombre en Cristo. La Escritura ilumina con claridad el camino que lleva a la vida eterna con Dios.

LA ESCRITURA ES SUFICIENTE

La revelación de Dios en la naturaleza es incompleta, e inadecuada para la salvación. Pero en la Escritura Dios revela al hombre todo lo que necesita saber. Es plenamente suficiente para el propósito de revelar al hombre la gracia de Dios que da salvación. El hombre rico en el infierno quiso que Lázaro fuera enviado a la tierra para advertirles a sus hermanos y enseñarles la manera de escapar del infierno. Abraham dijo: "A Moisés y a los profetas tienen: óiganlos" (Lucas 16:29). Al hombre rico, al protestar que la Escritura no era suficiente, sino que alguien que había resucitado de

entre los muertos tenía que hablar con sus hermanos, le dijo Abraham: "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, si alguno se levantare de los muertos" (Lucas 16:31). Las Escrituras son plenamente suficientes en cuanto a su propósito para el cual Dios las dió. La Escritura quizá no contestará cada pregunta hecha por la mente curiosa del hombre, pero sí revela al hombre todo lo que necesita saber acerca de Dios, todo lo que necesita saber para encontrar el camino de salvación.

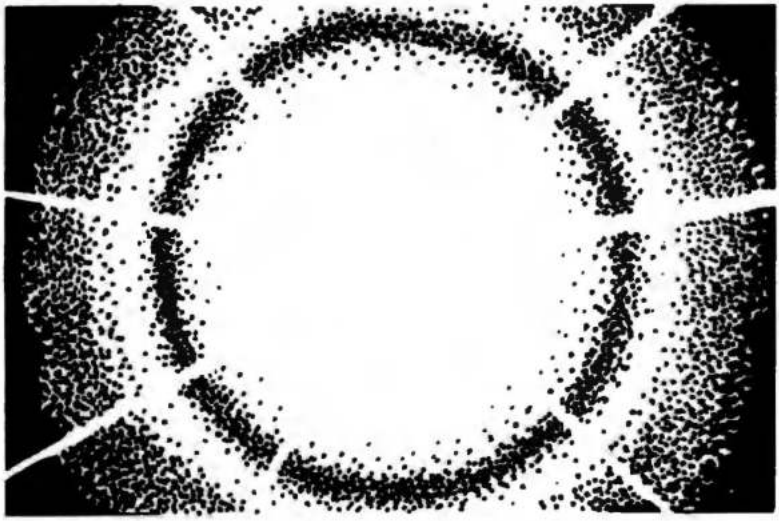
LA ESCRITURA ES AUTORITATIVA

Siendo la Palabra de Dios las Escrituras deben ser reconocidas como autoritativas. El hombre no debe cambiarlas. El no debe añadir ni sustraer de ellas. Las debe usar como la base autoritativa de lo que cree, para su manera completa de vivir. Dios dice: "Cuidaréis de hacer todo lo que yo os mando: no añadirás a ello, ni quitarás de ello" (Deutoronomio 12:32). Cuando Dios ordena, cuando Dios habla, tal como lo hace en las Escrituras, el hombre debe reconocer ésto como autoritativo. Hay tal cosa como la verdad absoluta. La Palabra de Dios es esta verdad, y no admite ningún cambio de parte del hombre. Pedro escribe: "Si alguien habla, hable conforme a las palabras de Dios" (1a. Pedro 4:11). Todo lo que se enseña y se confiesa en la iglesia debe tener la Escritura como base.

El hombre debe acercarse a las Escrituras con reverencia y temor porque Dios le habla en ellas. ¡Con qué cuidado las debe estudiar! ¡Con qué sinceridad las debe usar! Nunca sea permitido que la razón humana, la erudición científica, la docta investigación tengan lugar sobre las Escrituras. Todos deben ser puestos en el servicio de la Palabra de Dios para ayudarle al hombre a entender los pensamientos que la Palabra de Dios acoge. La razón y erudición humana serán usadas como servidores de la Palabra, jamás como amo de ella.

De cierto, hay un Dios. No se ha dejado sin testimonio. El mundo creado testifica de su existencia, para que todos los hombres queden sin excusa. Pero más particularmente Dios se revela en su Santa

Palabra, las Sagradas Escrituras que testifican de Cristo, en las cuales Cristo habla. En ellas Dios le ha dado al hombre una verdadera, clara y suficiente revelación de sí mismo como el Dios de la gracia salvadora. "Escudriñad las Escrituras" (Juan 5:39).



II LA NATURALEZA DE DIOS

Si el hombre debe saber aun más de lo que la naturaleza le dice acerca de Dios, Dios tendrá que revelárselo. Esto, lo hace Dios en las Escrituras. Pero lo que Dios revela de sí mismo en las Escrituras es limitado, no solamente por la limitación de la revelación divina, sino también por la limitación del entendimiento humano. ¿Cómo puede el hombre con sus muchas limitaciones comprender a un Dios infinito?

Un niño jugando en la orilla del océano Pacífico, difícilmente puede esperar contener el océano entero en su balde. Mucho menos puede el hombre con su intelecto y razón limitados esperar comprender al Dios infinito. El hombre debe contentarse con escuchar a Dios como El le habla y se le revela en las Escrituras. A través de esta revelación el hombre puede obtener sólo una concepción imperfecta acerca de su infinidad. El hombre dirá humildemente: "Habla que tu siervo oye".

DIOS ES ESPIRITU

"Dios es Espíritu" (Juan 4:24). Esta simple declaración de la Escritura presenta al hombre un cuadro de Dios que es difícil de comprender. Antes de entender plenamente lo que es un espíritu, el hombre debe simplemente decir lo que no es. Dios como espíritu no es corpóreo. El no está hecho de materia ni tampoco tiene cuerpo como el hombre.

El pensar en Dios como un ser inmaterial ha llevado a algunos a concluír que Dios es una gran fuerza impersonal, o un poder que de algún modo penetra todas las cosas. Otros tienen la idea de Dios como la "Causa Primera" que de alguna manera puso a este mundo en marcha como un relojero a un reloj, y que después lo dejó que siguiera su propio curso. Al contrario, la Escritura le revela como un Dios que tiene un interés directo y personal en su creación. Aun un solo gorrión no caerá al suelo sin la voluntad divina (Mateo 10:29). En todos los aspectos el hombre disfruta del especial cuidado de Dios, "pues más valéis vosotros que muchos pajarillos" (v. 31). Entonces, Dios no es un ser impersonal, o una fuerza que todo lo penetra, sino un espíritu que sabe, ve, y piensa, hace, ama y dirige. Su interés personal hacia el hombre se extiende aún al grado de que "vuestros cabellos están todos contados" (Mateo 10:30).

DIOS ES UNO

Cuántos espíritus divinos o dioses hay? La respuesta es "Dios es uno" (Gálatas 3:20). Moisés dijo al pueblo de Israel: "Oye Israel: Jehová nuestro Dios, uno es" (Deutoronomio 6:4). Repetidamente la Escritura testifica de la unicidad de Dios.

Si Dios es uno, ¿no se sigue que cada uno que adore a un dios, que hable de un dios, que crea en un dios, tenga el mismo dios? Algunos han razonado que si Dios es uno, los judíos, los mahometanos, los hindúes, y los cristianos, todos le adoran; sólo que cada cual lo hace de acuerdo con su tradición particular. Como vía de comparación: Hay un solo sol; quienquiera que mire al sol, no importa el punto de

vista científico que tenga en cuanto a la composición del sol, ve y recibe la misma luz y calor de ese sol.

Pero le Escritura declara que esta conclusión es falsa. El salmista escribe: "Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos: Más Jehová hizo los cielos" (Salmo 95:6).

Un ídolo es un dios que no existe, un dios creado por el hombre, hecho por él de acuerdo con su propia concepción de lo que debiera ser un dios. Quienquiera que no conoce al único Señor que hizo los cielos y la tierra, al único Dios que se revela a sí mismo en las Escrituras, ha creado un dios, un ídolo. Si hay un solo Dios, ¡cuán importante es conocerlo y no a ningún otro! ¡Cuán importante es conocerle como verdaderamente es!

DIOS ES TRINO

El único y verdadero Dios se ha revelado a sí mismo en tres personas. Cuando Jesús mandó bautizar en el nombre del único y verdadero Dios, él dijo: "Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mateo 28:19). Estos no fueron meramente tres nombres dados al único Dios. Ellos son nombres que se refieren a tres personas distintas. San Juan registra las palabras de Jesús, el Hijo de Dios: "Y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador, para que esté con vosotros para siempre" (Juan 14:16). El Hijo, una persona, ruega al Padre, otra persona, que envíe al Consolador, una tercera y distinta persona. Además, las tres personas de Dios no son simplemente tres divisiones de Dios, cada una representando una tercera parte de Dios. De Jesús dice la Escritura: "En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (Colosenses 2:9). Cada uno, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es verdadera y completamente Dios. Sin embargo, no hay tres Dioses sino uno. La iglesia ha adoptado el término "Trino" para expresar esta verdad revelada en la Escritura. Dios es un Dios Trino. La Escritura habla de Dios como la Santa Trinidad. Este es el verdadero Dios; todos los demás dioses son ídolos.

¿Cómo es el Dios Trino? Una significativa parte de la respuesta a

tal pregunta se encontrará por medio del examen de las características que la Escritura atribuye a Dios. ¿Cuáles son los principales atributos de Dios? ¿Cómo se relacionan con el hombre? ¿En qué forma son significativos en cuanto a la relación de Dios con el hombre?

DIOS ES ETERNO

Dios no es temporal sino eterno e inmutable. El hombre ordinariamente puede pensar solo en términos de tiempo y de cambio. Todas las cosas tienen que empezar, todas las cosas terminarán y todas las cosas están cambiando constantemente. Esto es especialmente verdad en el hombre mismo. Pero Dios es eterno sin principio y sin fin. Antes de que el mundo fuera, Dios ya era. "Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, y desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios" (Salmo 90:2). Por cuanto Dios es eterno, El no está sujeto al tiempo. El hombre cuidadosamente mide el tiempo, registra eventos de acuerdo con sus secuencias, nota cuánto tiempo transcurre entre ellos. El hombre no puede pensar en otros términos. Sin embargo, Dios no está sujeto a estas limitaciones. Pedro dice que: "Un día delante del Señor es como mil años y mil años como un día" (2a. Pedro 3:8). Jesús también dió evidencia de su eternidad cuando dijo a los judíos: "Antes que Abraham fuese yo soy" (Juan 8:58). Abraham estuvo sujeto al tiempo, pero Jesús como Dios es el siempre presente y eterno.

Así como es eterno y sin limitación de tiempo, Dios es también inmutable. El salmista, reconociendo que los cielos y la tierra envejecen y están sujetos a cambios, se dirige a Dios: "Más tú eres el mismo, y tus años no se acabarán" (Salmo 102:27). Santiago habla de los dones que descienden de Dios, el Padre de las luces, y señala que en El "no hay mudanza, ni sombra de variación" (Santiago 1:17). Lo que ésto quiere decir para el hombre es que ninguna promesa que Dios haga y ninguna palabra que El hable, serán cambiadas. El hombre puede rechazarlo, el hombre puede rehusar creerlo, pero Dios permanecerá siempre por ello, Pablo escribió a

Timoteo: "Si fuéramos infieles, él permanece fiel, no se puede negar a sí mismo" (2a. Timoteo 2:13). La incredulidad del hombre no hará a Dios infiel a su Palabra (Romanos 3:3).

DIOS ES OMNIPRESENTE

Otro atributo de Dios que está estrechamente relacionado con su eternidad y su inmutabilidad es su infinitud. Dios no está sujeto al espacio; para decirlo positivamente: El es omnipresente. Jeremías registra las palabras de Dios: "¿No hincho yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?" (Jeremías 23:24).El hecho de que un edificio ocupe cierto espacio no significa que Dios no esté allí. El hecho de que Dios esté en América, no impide que esté también en Europa, Asia, Africa o cualquier lugar en la tierra y en el cielo. Ningún astronauta puede viajar en el espacio más allá del alcance de Dios. El salmista acertadamente hace la pregunta: "¿A dónde me iré de tu espíritu" ¿Y a dónde huiré de tu presencia?" (Salmo 139:7). El encuentra que no hay ni un solo lugar donde el hombre pueda esconderse de la presencia de Dios. Al mismo tiempo le es dado al cristiano el consuelo, reasegurando su confianza: "Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días" (Mateo 28:20). Ni el tiempo ni el espacio removerán de él la presencia sustentante de Dios.

DIOS ES OMNISCIENTE

Dios es omnisciente: "Su conocimiento es infinito" (Salmo 147:5). Nada es desconocido para El. La carta a los Hebreos recuerda a sus lectores: "Antes todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (Hebreos 4:13). El hombre olvida muchas de las cosas que hace, muchas palabras que dice, pero Dios las conoce y recuerda perfectamente. El hombre nunca llegará a darse cuenta de cada pensamiento que cruza su mente, pero Dios, quien examina el corazón, lo ve y lo sabe. En tiempos difíciles el cristiano puede temer que Dios le haya olvidado,

pero Dios le conoce, le ve y le recuerda perfectamente.

Unida con su perfecto conocimiento de todas las cosas está su perfecta sabiduría. Dios siempre sabe qué es lo mejor. "Con Dios está la sabiduría y la fortaleza; suyo es el consejo y la inteligencia" (Job 12:13). Al examinar la creación divina el hombre se ve impelido a exclamar: "Cuán muchas son tus obras, ¡O Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría" (Salmo 104:24). Por eso Pablo pudo escribir de ella: "Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios. ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!" (Romanos 11:33).

DIOS ES OMNIPOTENTE

El hombre ha aprendido a usar y controlar recursos de vasto poder, pero inevitablemente hay un punto más allá del cual el hombre no puede ir. Viene el tiempo en que debe ser dicho: "Para el hombre esto es imposible;" en contraste a lo que Jesús dijo: "Para con Dios todo es posible" (Mateo 19:26). Dios es omnipotente, su poder va aun más allá de lo que el hombre puede concebir. San Pablo escribe a los Efesios: "Y a aquél que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos por la potencia que obra en nosotros" (Efesios 3:20). El hombre se jacta de su poder en los descubrimientos y desarrollos de la ciencia. ¡Qué ilimitados parecen algunas veces! Sin embargo, cuán insignificantes son en comparación con la omnipotencia de Dios. Su omnipotencia es infinita.

DIOS ES SANTO

En su visión del Señor en su gloria, Isaías escuchó seis serafines cerca del trono santo clamando uno a otro: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos, toda la tierra está llena de tu gloria" (Isaías 6:3). Dios es el Uno exaltado e infinitamente perfecto, el que debe recibir todo el honor, gloria y alabanza. Siendo el infinitamente

perfecto, El ama todo lo bueno y dice al hombre: "Y seréis santos porque yo soy santo" (Levítico 11:4). En su santidad El aborrece todo mal, sea esto la mentira pronunciada o la maldad en el corazón. "Porque todas estas son cosas que aborrezco, dice Jehová" (Zacarías 8:17).

Y así también encontramos que la Escritura atribuye a Dios la justicia. Dios es justo en todos sus tratos con el hombre. Bildad, uno de los amigos de Job, preguntó: "¿Acaso pervertirá Dios el derecho, o el Todopoderoso pervertirá la justicia?" (Job 8:3). La pregunta provoca una respuesta obviamente negativa. Dios nunca pervertirá la justicia. El Señor Jesús que retornará para el juicio es llamado "juez justo" (2a. Timoteo 4:8). Sin duda el Dios Santo es justo y sin pecado recomendando lo que es bueno y condenando la maldad. Su santidad aborrece el pecado; su justicia condena el pecado. Isaías en su visión, habiendo contemplado al tres veces Santo Dios, tuvo que decir: "¡Ay de mí! que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios" (Isaías 6:5). El hombre no puede jugar con la santidad y justicia de Dios. Estas son completamente reales. Dios es infinitamente perfecto. "Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso" (Apocalipsis 4:8).

DIOS ES AMOR

El atributo de Dios más significativo para el hombre es el amor. Tan completamente es ésta una característica de Dios que la Escritura no sólo dice que Dios ama, sino que simplemente declara: "Dios es Amor" (1a. Juan 4:8). La Escritura habla de tales aspectos y evidencias del amor de Dios como: bondad, benignidad, misericordia, compasión, gracia, clemencia, longanimidad, paciencia.

Este infinito amor de Dios tiene un significado eterno para el hombre. El Señor dice a su pueblo: "Con amor eterno te he amado, por tanto te soporté con misericordia" (Jeremías 31:3). Es este infinito amor de Dios para el mundo entero que lo movió a dar a su Hijo para que el hombre pudiera tener vida por medio de la fe en El (Juan 3:16). Sin duda tan grande fué este amor de Dios que "siendo

aún pecadores Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:8). Es cosa natural amar a los amigos, a aquellas personas que responden con el mismo amor. Pero Dios amó a aquellos que por el pecado fueron hechos sus enemigos. Qué evidencia más grande hay de la riqueza de su misericordia, de "su mucho amor con que nos amó" (Efesios 2:4).

Cuando el hombre intenta entender todo lo que Dios revela acerca de sí mismo, solo puede maravillarse.

III EL ORIGEN DEL MUNDO

El hombre siempre se ha preguntado de dónde vino al mundo. Se ha preguntado sobre el origen de este vasto universo. Los científicos han dedicado muchos de sus esfuerzos para descubrir algún indicio del origen de la tierra. Dios da una respuesta a cada pregunta en la Santa Escritura. En ella se cuenta la historia que sólo El puede contar. Esta no es fábula, no es mito, es la verdadera historia de este mundo revelada por Dios.

DIOS CREO LOS CIELOS Y LA TIERRA

La Escritura comienza con estas palabras: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Génesis 1:1). Este mundo no es de ninguna manera el resultado de una mera casualidad. La materia de la que está constituído el mundo no es eterna. Antes del principio sólo Dios existía. Solo Dios es eterno, y El es el creador del cielo y de la tierra, del universo y de todas las cosas. La Escritura dice: "Y El es antes de todas las cosas, y por El todas las cosas subsisten"

(Colosenses 1:17).

Este acto creador de Dios se describe en la epístola a los Hebreos, de la siguiente manera: "Entendemos haber sido compuestos los siglos por la palabra de Dios, siendo hecho lo que se ve de lo que no se veía" (Hebreos 11:3). La creación se efectuó por la Palabra de Dios. Dios pronunció su palabra de poder, y lo que dijo vino a ser. El dijo: "Sea," y esta palabra hizo que existiera lo que él dijo. De lo que no existía, su palabra hizo todo lo que ahora se ve. El acto creador de Dios consistió en crear de la nada todas las cosas en los cielos y la tierra.

Esta obra creadora se llevó a cabo durante los primeros seis días de tiempo. Dentro de estos seis días normales, Dios creó todas las cosas, comenzando con una materia informe, hizo la luz, y finalmente los animales en todas sus especies y al hombre, según el relato de los primeros dos capítulos del Génesis. Cuando Dios dió los Diez Mandamientos a Israel por medio de Moisés, Dios nuevamente hizo mención del hecho de que "en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay" (Exodo 20:11).

LOS ANGELES

Aunque ningún pasaje de la creación en Génesis hace especial mención de los ángeles, éstos sin duda han de haber sido parte de ella. Pablo refiere a la creación de estas criaturas invisibles, cuando escribe del Hijo de Dios: "Porque por él fueron criadas todas las cosas que están en los cielos, y las que están en la tierra, visibles e invisibles: sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fué criado por él y para él" (Colosenses 1:16).

EL HOMBRE

La obra creadora de Dios alcanzó su culminación en el hombre. El sol, la luna y las estrellas fueron puestos en el firmamento "para alumbrar sobre la tierra" (Génesis 1:17). Y la tierra fué creada para

ser el hogar del hombre. Al hombre le fué dado el dominio: "Y señoree en los peces del mar, y en las aves de los cielos, y en las bestias, y en toda la tierra, y en todo animal que anda arrastrando sobre la tierra" (Génesis 1:26).

La Escritura declara que la creación entera se llevó a cabo por causa del hombre. El hombre es de una clase distinta en la creación de Dios. No es simplemente la forma superior de la vida animal. El hombre es diferente de las otras criaturas vivientes. Esto ya es evidente de la forma en que fué creado. Todas las demás formas de vida fueron simplemente llamadas a ser cuando Dios ordenó a la tierra que las produjera. Luego dijo Dios: "Produzca la tierra seres vivientes" (Génesis 1:24). Concerniente al hombre, sin embargo, la Escritura dice: "Formó, pues, Jehová-Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz soplo de vida; y fué el hombre un alma viviente" (Génesis 2:7).

El hombre difiere de todos los demás seres vivientes en cuanto que Dios le dió tanto un cuerpo como alma (o espíritu). Jesús habla claramente sobre ésto cuando dice: "Y no temáis a los que matan el cuerpo, más el alma no pueden matar; temed antes a aquel que puede destruír al alma y el cuerpo en el infierno" (Mateo 10:28). Aunque el cuerpo del hombre es similar en muchos aspectos al de los animales, sólo el hombre tiene alma.

A IMAGEN DE DIOS

Sin embargo, lo que es más distintivo en la creación del hombre es lo que Dios dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen" (Génesis 1:26). Esto no fué dicho de ninguna otra parte de la creación, de ningún otro ser viviente. Por cuanto Dios es un espíritu sin cuerpo físico, la imagen de Dios no se refiere a ninguna apariencia física. La imagen de Dios ha sido considerada en su sentido amplio como consistiendo en esto, que el hombre al igual que Dios sea un ser personal que tiene intelecto, voluntad, emociones, la habilidad de pensar y tomar decisiones y llegar a conclusiones. Sin embargo, lo que la imagen de Dios en su sentido verdadero es, se debe aprender

de la Escritura.

Pablo habla de la renovación de la imagen de Dios en el hombre caído. ¿Qué es lo que se perdió y debe ser restaurado para que se pueda decir una vez más que el hombre tiene la imagen de Dios? El nuevo hombre "por el conocimiento es renovado conforme a la imagen del que lo creó" (Colosenses 3:10).

Pablo exhorta a los cristianos de Efeso a "renovarse en el espíritu de vuestra mente y a vestir el nuevo hombre que es criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad" (Efesios 4:23, 24). La semejanza a Dios consiste en una mente cuya manera de pensar corresponda a la divina, en una voluntad que concuerde con la de El, en un amor que ame lo que Dios ama. Con esta clase de mente, voluntad, y corazón el hombre es justo y santo como Dios, quien le creó. Dios dió todo ésto al hombre cuando éste fué creado.

CREACION PERFECTA DE DIOS

"Y vió Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera" (Génesis 1:31). El sabio Dios de perfección había creado un mundo que salió de su mano sin defecto, sin la presencia de maldad y sin mancha o imperfección alguna. Verdaderamente cuando el mundo salió de la mano de Dios era una creación que le glorificaba. En una visión Juan oyó a los veinticuatro ancianos adorar ante el trono en los cielos, diciendo: "Señor, digno eres de recibir gloria y honra y virtud: porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron criadas" (Apocalipsis 4:11).

DIOS PRESERVA SU CREACION

El interés de Dios por el mundo y el hombre, no terminó con la creación. El que creó todas las cosas también preserva lo que ha creado. El mundo y el hombre aún son los objetos del incesante y providencial cuidado divino. Para que el mundo continúe pleno de vida vegetal y animal en todas sus especies, Dios por su Palabra

proveyó para la propagación de cada clase "según su género". Cada planta fué ordenada que produjera semilla, que germinara y se convirtiera en una planta de la misma especie que sus padres. Dios ordenó a los animales reproducirse de modo que su linaje fuera de la misma especie que la de sus padres.

La población humana del mundo no se limitó a Adán y Eva, el primer varón y la primera mujer creados por Dios. Su bendición sobre ellos fué: "Fructificad y multiplicad, y henchid la tierra" (Génesis 1:28). De esta manera Dios proveyó la continuación y el aumento del hombre, la corona de la creación.

En general la preservación de la tierra, sigue un curso que corresponde a las leyes de la naturaleza. Estas leyes fueron establecidas y son sostenidas por Dios, "sustentando todas las cosas con la palabra de su potencia" (Hebreos 1:3). Dios envía la lluvia y el sol, da las fructíferas estaciones, preserva las leyes de la inercia y gravedad, causa el crecimiento y la decadencia como parte de la preservación de su creación. Este es el Dios que gobierna todas las cosas, dominando y dirigiendo el curso de los eventos para que puedan servir a su propósito y plan. Sin embargo, es verdad que "el corazón del hombre piensa su camino" y también es verdad que "Jehová endereza sus pasos" (Proverbios 16:9).

Esto se aplica también a las naciones. Es Dios quien "les ha prefijado el orden de los tiempos, y los términos de la habitación de ellos" (Hechos 17:26). Esto no significa que el hombre sea un peón a quien Dios irresistiblemente fuerza a actuar de un modo particular, sino que significa que "a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien" (Romanos 8:28). Dios no forzó a Judas a traicionar a Jesús, sino que usó esa traición para bien: así que, de acuerdo con su promesa, Jesús dió su vida para la redención del hombre. El mundo continúa siendo un objeto que concierne a Dios, su curso continúa bajo su dirección y guía. Dios es tanto creador como preservador.

¿LA EVOLUCION POR MILLONES DE AÑOS?

La simple narración de la creación que contiene la Biblia, ha sido

rechazada por gran parte de la humanidad. Los geólogos han intentado explicar la actual forma de la tierra como el resultado de un desarrollo evolutivo que tomó lugar durante millones de años. Los biólogos han intentado demostrar que el hombre no es sino otra forma de vida animal que ha evolucionado desde sus estratos inferiores, como el del mono. También se dice que ésto ocurrió durante un largo período de tiempo. Los astrónomos han tratado de explicar la existencia del universo con sus vastas galaxias a través de varias y algunas veces contradictorias teorías.

Aun algunos teólogos y líderes religiosos intentan explicar la narración del Génesis en tal forma que armonice con las suposiciones de los "científicos". Ha llegado a ser popular ver el Génesis como un relato mítico o una narración simbólica o poética que no pretende de ninguna manera ser un hecho histórico. Se afirma que los judíos buscaron la forma de expresar el pasaje de le creación sin decir nada acerca de la manera en que ocurrió, en lenguaje mítico. Debe recordarse que Jesús, el Hijo de Dios no vaciló en hablar de la creación del hombre de acuerdo con lo registrado en el Génesis (Mateo 19:4). Quienquiera que insista en rechazar la narración bíblica de la creación tendrá que entrar en discusión con el mismo Jesús. No debe permitirse que las Sagradas Escrituras sean acomodadas a teorías humanas. Antes bien, debe exigirse a los científicos que al formular sus teorías lo hagan de tal manera que no contradigan la clara revelación de la Escritura. Científicos de buena reputación han dado la seguridad de que ésto es posible.

No es posible en este libro intentar refutar las diferentes teorías evolucionistas punto por punto. Será bueno, de cualquier manera, recordar ciertos principios básicos que un cristiano pueda usar en la evaluación de teorías que pretenden explicar los orígenes del universo, el mundo y el hombre.

1. El cristiano debe estar preparado para distinguir entre hechos científicos y sólo explicaciones posibles de los fenómenos observados.

2. El cristiano no debe cegarse por las inconsistencias del evolucionismo, ni por las contradicciones aun de algunas leyes científicas, por el hecho de sus amplias conclusiones a menudo

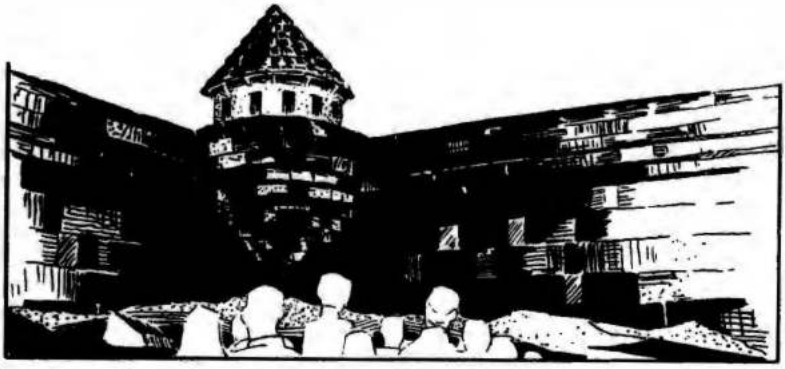
basadas en un mínimo de evidencia.

3. El cristiano no se dejará abrumar por el gran número que le oponen. La amplia aceptación de las teorías evolucionistas no hace que éstas sean verdad.

4. El cristiano aceptará las Escrituras en su sentido simple e intencionado reconociendo claramente el uso del lenguaje figurado de las parábolas y metáforas, pero siempre aceptando como historia lo que se presenta como tal.

5. El cristiano debe recordar que las explicaciones de todo fenómeno observable, de todas las observaciones geológicas, etc., no pueden ni deben hacer violencia a las Sagradas Escrituras. El reconoce que nunca habrá la más mínima contradicción entre la verdadera ciencia y la verdad de Dios en las Escrituras. Sabe que no hay contradicción entre el mundo creado por Dios y su Palabra revelada.

6. El cristiano recordará que la ciencia no se puede concernir con el orígen del mundo, ya que éste está fuera del alcance de la investigación científica. Dios es el único que puede hablar acerca del evento de la creación ya que es el Creador. Esto lo hace en las Escrituras.



IV EL PECADO

Dios, al ver la creación que había terminado, la declaró buena. Ninguno que haya contemplado el mundo y al hombre podrá poner en duda esta declaración divina. Cuando la cizaña sofoca y al fin ahoga a los vegetales y los saltamontes estropean un sembrado, cuando un temblor trae consigo la destrucción y la muerte, cuando un tornado o huracán destruye casas y vidas, se pregunta el hombre de la bondad del mundo de la naturaleza. Cuando motines resultan en incendios y destrucción, cuando el robo, el homicidio, y el secuestro prevalecen, cuando las guerras con sus atrocidades se enfurecen sobre la tierra, el hombre comienza aun a dudar de la bondad del hombre mismo. Aun los observadores más optimistas tendrán que concluir que algo anda mal en alguna parte. Este mundo ha dejado de ser "bueno" como Dios había dicho. ¿Qué le pasa al mundo? ¿Qué ha sucedido? La respuesta es el pecado.

LA NATURALEZA DEL PECADO

¿Qué es el pecado? La Escritura lo define como "transgresión de la ley" (1a. Juan 3:4), esto es, desobediencia. Dios reveló su voluntad al

hombre. En el hombre existe por lo menos, hasta cierto grado, el conocimiento del bien y del mal. Toda persona normal, por ejemplo, sabe que el asesinar es malo. Así también en la Escritura Dios ha dado su Ley en forma escrita. Existe una norma absoluta que Dios ha establecido para la conducta humana. Cualquier desviación de esta norma divina, es pecado o desobediencia. El pecado también es llamado transgresión o traspasamiento, porque el pecado implica traspasar los límites puestos por Dios. Desde otro punto de vista, el pecado es llamado también malicia (1a. Corintios 14:20) y maldad (Salmo 51:5). Porque el pecado es una violación de la Ley de Dios, y en realidad una rebelión contra Dios mismo (Romanos 8:7).

LA CAIDA EN EL PECADO

¿Qué fué lo que ocasionó que la creación "buena" se tornase en el presente mundo de pecado y maldad? La respuesta a esta pregunta es dada en el tercer capítulo del Génesis. Satanás, uno de los ángeles que habían pecado contra Dios, y quien había sido arrojado fuera de la presencia divina, tentó al hombre. Satanás, hablando a Eva por boca de la serpiente, primero suscitó la duda sobre el mandato de Dios de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, y luego contradijo llanamente las palabras de Dios. Eva, haciendo uso de la libertad de actuar que le fué concedida en su creación original, escogió seguir la engañosa palabra de Satanás. Entonces dió a comer el fruto a Adán, y él también escogió comerlo en contra de lo que Dios había ordenado. En esta forma, cuando el hombre desobedeció el mandato de Dios, el pecado hizo su primera incursión en este mundo, una vez perfecto en su creación.

LA CAIDA, UN DESASTRE

El resultado de la entrada del pecado fué desastroso para el mundo y para el hombre. Dios dijo a Adán: "Maldita será la tierra por tu causa, con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; espinas y cardos te producirá" (Génesis 3:17, 18). Por causa de esto Pablo escribió: "Porque sabemos que todas las criaturas gimen a

una y a una están de parto hasta ahora" (Romanos 8:22). Si el mundo en el que ahora vive el hombre es imperfecto, es solo por causa de su pecado.

Pero ¡cuán desastroso fué para el hombre mismo el pecado! "Porque el día que de él comieses, ciertamente morirás" (Génesis 2:17). La muerte espiritual inmediatamente se apoderó de los primeros seres humanos. En vez de amar y confiar en Dios y deleitarse en su presencia, Adán y Eva se escondieron huyendo atemorizados de la presencia de Dios. Ahora ellos estaban "muertos en sus delitos y pecados" (Efesios 2:1).

La muerte espiritual trajo consigo la muerte temporal. Ahora que el hombre había pecado, Dios le expulsó del huerto de Edén, "ahora, pues, porque no alargue su mano y tome también del árbol de la vida, y coma y viva para siempre" (Génesis 3:22). Ahora el hombre tiene un cuerpo que envejece y muere. Está sujeto al dolor y la enfermedad. Por medio de la ciencia médica el hombre puede mitigar su sufrimiento o aliviarlo para que se quite la enfermedad, pero la muerte es inevitable. Lutero cantó: "En medio de la temprana vida lazos de muerte nos circundan" (Himnario Luterano-Lutheran Hymnal 590).

Cuando los ángles pecaron, Dios, "habiéndolos despeñado en el infierno con cadenas de oscuridad, los entregó para ser reservados al juicio" (2a. Pedro 2:4). Aunque éste no fué el resultado inmediato para el hombre cuando pecó, pero por cuanto él sigue en la muerte espiritual, él tendrá que oír las palabras: "Apartáos de mí malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles" (Mateo 25:41). "La paga del pecado es muerte", y ésta incluye la muerte eterna, condenación e infierno.

EL PECADO ORIGINAL ES UNIVERSAL

El pecado fué desastroso para Adán y Eva. Lo mismo se hace realidad sobre todos sus descendientes, la humanidad entera. Adán y Eva son los padres comunes de los cuales todos los demás hombres han descendido. "Cuando un pozo se contamina, toda el agua que de él procede será contaminada". Tocante al hombre, Job hace esta

pregunta: "¿Quién hará limpio de inmundicia al inmundo?" Job contesta correctamente al decir: "Nadie" (Job 14:4). También Jesús dijo: "Lo que es nacido de la carne, carne es" (Juan 3:6). El término "carne" aquí se refiere a la naturaleza pecadora y pervertida que es inherente al hombre desde la caída. Desde Adán y Eva en adelante la carne pecadora sólo puede traer al mundo más carne pecadora. Por eso el salmista confiesa: "He aquí, en maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5). El pecado original pasa de los padres pecaminosos a los hijos, los cuales en su nacimiento heredan la naturaleza pecadora de los padres. Por muy inocente que parezca una criatura recién nacida, el pecado original es su aflicción heredada.

EL PECADO ORIGINAL CONDENA

Esta aflicción heredada no es de poca o ninguna significancia. Al hombre le gustaría dar esta impresión. La puede considerar solamente una debilidad desafortunada, pero una que se puede vencer fácilmente. Unicamente de la Escritura se puede reconocer la verdadera condición del hombre, como el resultado del pecado original. La Escritura destaca que el hombre natural no tiene la capacidad de recibir "las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura: y no las puede entender" (Ia Corintios 2:14). Al describir al hombre como un ser que está por naturaleza en las tinieblas espirituales o espiritualmente muerto, la Biblia pinta una condición de la cual no se puede librar por cualquier esfuerzo propio. Lo que está muerto no podrá producir vida. La oscuridad no puede de sí misma engendrar la luz. El hombre no sólo ha dejado de amarle a Dios, sino por naturaleza es incapaz de hacerlo. La mente y el corazón natural son descritos como "enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede" (Romanos 8:7). El hombre tiene un corazón que codicia lo que es malo (Véase Gálatas 5:17, 24). Esta naturaleza, que pasa por heredad de los padres a los hijos, ya en sí misma atrae sobre todos los hombres la merecida condenación de Dios. San Pablo les dice a los Efesios que todos "éramos por naturaleza hijos de ira, también como los demás"

(Efesios 2:3). Si uno es un hijo de ira por naturaleza, entonces el está por naturaleza, eso es, como resultado del pecado original en el camino a la condenación.

EL PECADO ACTUAL

Si se usa el término pecado original para describir la condición pecaminosa del hombre, entonces el pecado actual habla de las acciones pecaminosas del hombre. El primero trata de lo que el hombre es, y el último de lo que hace. Cada pensamiento, cada palabra y cada obra que es en contra de la Ley de Dios es pecado, y por lo general se llama un pecado actual. Esto no significa que el pecado original es menos real o condenador, sino que un pecado actual es un hecho cometido de parte de una persona particular.

Es obvio que al cometer un delito como el robo o el homicidio, algo que viola cualquier de los mandamientos de Dios, el hombre está cometiendo un pecado. Pero igualmente la falta de hacer lo que se debe es también un pecado. "El pecado, pues, está en aquel que sabe hacer lo bueno, y no lo hace" (Santiago 4:17). Por lo tanto se puede hablar de pecados cometidos y pecados omitidos. Aun las meras palabras que el hombre habla o deja de hablar pueden ya implicar un pecado actual. Jesús informó a los fariseos: "Mas yo os digo, que toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio" (Mateo 12:36). Toda la conversación del hombre está bajo el escrutinio de la Ley santa de Dios.

Lo mismo pasa con cada pensamiento del hombre, y con cada deseo que siente. Cualquier pensamiento o deseo que viola la Ley de Dios es pecado. Jesús dice que no solamente el matar corporalmente es pecado, sino "que cualquiera que se enojare locamente con su hermano, será culpado del juicio" (Mateo 5:22). Aclara además que todo aquel "que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón" (Mateo 5:28). Así es, si el hombre ya ha tenido estos deseos y pensamientos intencionalmente o no, si haya estado consciente de ellos o no.

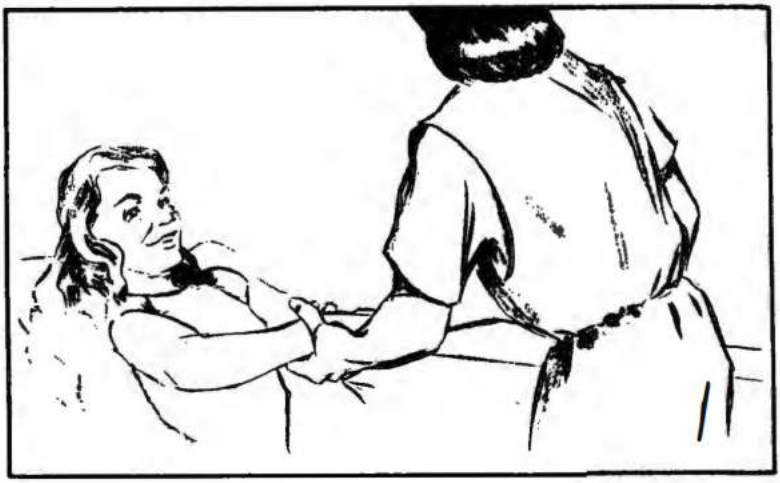
El grado de la corrupción de los pensamientos, palabras y obras es evidente cuando la Escritura dice: "Empero sin fe es imposible

agradar a Dios" (Hebreos 11:6). Es verdad, que el hombre natural hasta cierto punto puede efectuar obras que parecen ser buenas. El hombre natural puede ser un ciudadano obediente, puede evitar el homicidio, el robo y el adulterio. El puede mostrar compasión y ayudar a su prójimo. Aun puede hacer obras de caridad, y ser un trabajador responsable, y un esposo y padre fiel. Hasta cierto grado, una vida de justicia cívica, que abarca la conducta externa del hombre en el mundo es posible. En este mundo tal vida es juzgada como buena, y aún podría ser recompensada. No obstante, cuando estas obras por muy buenas que parezcan a los hombres son hechas sin fe en Cristo, Dios no las aceptará como buenas. Ante Dios es verdad en todos los aspectos: "No hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno" (Salmo 14:3).

LA MALDICION DEL PECADO DEBE SER RECONOCIDA

Es de mucha importancia que el hombre reconozca la realidad y el grado del pecado original y del pecado actual. Si no reconoce su verdadera condición en su relación con Dios, tampoco reconocerá su necesidad de socorro. Solamente cuando reconoce su esclavitud total bajo el pecado, intentará buscar la libertad de ella. Solamente cuando el hombre reconoce que por naturaleza está muerto espiritualmente, se dará cuenta de que cualquier fuente de vida espiritual tiene que estar fuera de él. Al ver la extensión del pecado con sus consecuencias condenadoras, el hombre comienza a apreciar que la salvación tiene que venir como un don gratuito de la gracia y misericordia de Dios. La única esperanza del hombre consiste en decir:

Aunque yo aparezca fiel,
y aunque llore sin cesar,
del pecado no podré
justificación lograr;
Solo en tí, teniendo fe,
puedo mi perdón hallar. (Culto Cristiano—No. 219).



V JESUCRISTO

"MUERTOS en pecado", así es como la Escritura describe la condición espiritual en la que se encuentra el hombre. De acuerdo con esta condición es imposible, al menos por la propia habilidad o capacidad humana, ayudarse a sí mismo. Lo que está muerto no puede engendrar la vida. Si existe alguna esperanza para el hombre, ésta tiene que venir de alguien que está más allá del hombre pecador. Y esta ayuda ya vino en Jesucristo.

JESUCRISTO, EL DIOS — HOMBRE

¿Quién es Jesucristo? La respuesta tiene dos aspectos. El es verdadero Dios; y es verdadero hombre. El es Dios y hombre. La maravilla y el misterio de esto van más allá de la razón humana. El hombre debe sencillamente escuchar lo que la Escritura enseña acerca de Jesucristo.

JESUCRISTO ES VERDADERO HOMBRE

Son pocos los que niegan que Jesucristo es verdadero hombre. En una narración difícil de olvidar, San Lucas relata el nacimiento del niño al que fué dado el nombre de Jesús. Fué durante el reinado de César Augusto sobre el imperio Romano, hace cerca de dos mil años, cuando María, la esposa de José, dió a luz a un niño en Belén. Este niño necesitó el cuidado y atención de María, su madre, necesitó también la ayuda de José para huír a Egipto con el objeto de conservar su vida. Este niño comió, durmió y "crecía en sabiduría y estatura" (Lucas 2:52). El tenía la sensibilidad de cualquier humano, llorando en el momento de la muerte de su amigo Lázaro. Fué tentado "en todo según nuestra semejanza". Finalmente sufrió la misma muerte a la cual está sujeto todo hombre. No existe, por tanto, duda alguna acerca de que Jesús de Nazaret, el hijo de María, fué un verdadero ser humano. Fué tan humano que en la actualidad muchos quieren llamarle solo hombre y no más. Pero había ocasiones durante su vida, cuando algunos reconocieron que El era en verdad diferente, y único en sus obras.

JESUS ES VERDADERO DIOS

De hecho Jesús fué único. Su nacimiento ya dió evidencia de ello. A María le fué anunciado por el ángel que un niño sería concebido en su vientre, porque el Espíritu Santo vendría sobre ella y le haría sombra (Lucas 1:35). A José le fué asegurado que María había concebido por el Espíritu Santo (Mateo 1:20). A María le fué dicho:"Por lo cual también lo Santo, que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Lucas 1:35). Así fué, "venido el cumplimiento del tiempo Dios envió a su Hijo, hecho de mujer" (Gálatas 4:4). He aquí, el Verbo, así como San Juan le llama a Jesús, "era con Dios, y era Dios" (Juan 1:1), "fué hecho carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1:14). Así que cuando Jesús nació, fué el Hijo de Dios el que nació. La Escritura le llama el Hijo eterno de Dios. El es el verdadero Dios.

Esto fué evidente aun en el transcurso de su vida. Cuando El

ordenó a los vientos y a las olas, ellos le obedecieron, al asombro de sus discípulos. Su bendición pudo multiplicar unas cuantas piezas de pan y unos cuantos pececillos en tal forma que pudo satisfacer el hambre de 5.000 personas. La muerte tuvo que rendir a su Palabra de poder. Todo ésto fué evidencia de lo que El afirmaba: "Yo y el Padre una cosa somos". El es Dios verdadero. Nombres divinos, atributos divinos, obras divinas, honor divino, todo esto es suyo.

DOS NATURALEZAS EN UNA PERSONA

Verdaderamente Jesús es una persona única. El es verdadero Dios, por lo cual San Pablo dice: "Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (Colosenses 2:9). Pero al mismo tiempo poseyó en todos los aspectos una naturaleza humana verdadera.

Sin embargo no son dos personas distintas, una Dios y otra hombre. En él las dos naturalezas diferentes y distintas como son, están unidas en forma misteriosa en una sola persona.

Tan estrecha es la unión de las dos naturalezas, que todo lo que se dice de Jesús hecho hombre se dice de El como el Dios-Hombre. Aunque cada naturaleza tenga ciertas características propias, todo lo que Jesús hizo lo hizo como el Dios-Hombre. Esto puede ser aprendido sólo de la Escritura. Sólo porque la Escritura nos presenta a Jesús de esta forma, podemos conocerle como esta única persona, el Dios-Hombre.

El nacer es una característica de la naturaleza humana. A causa de poseer una naturaleza humana, Jesús pudo nacer. Aun así no fué un simple nacimiento de un hombre con su naturaleza humana, sino que fué el nacimiento de Jesús, el Dios-Hombre. Las Escrituras establecen claramente que el Santo Ser nacido de la virgen María sería llamado Hijo de Dios. El morir también es una característica humana, y nunca una característica de la naturaleza divina. Sin embargo no fué simplemente la naturaleza humana de Jesús la que murió, sino que fué Jesús, el Dios-Hombre. Por eso San Pablo pudo hablar de la crucifixión del "Señor de gloria" (1a. Corintios 2:8). Por

otro lado, es una característica de la naturaleza divina tener todo poder. Pero no fué sólo la naturaleza divina la que actuaba cuando Jesús sanó a los enfermos, hizo ver a los ciegos, abrió los oídos a los sordos. Fué siempre la persona Jesús, el Dios-Hombre, quien efectuaba los milagros. La Escritura habla siempre de El como una sola persona que pudo hacer cosas que eran características de su naturaleza humana o de su divina. Pero siempre hacía todas las cosas como aquella única persona divino-humana.

La naturaleza divina de Jesús hizo posible que éste traspasara las puertas cerradas pero sin embargo fué el Dios-Hombre, y ésto incluye su naturaleza humana, quien apareció a sus discípulos en la tarde del día de la resurrección. Jesús dijo a Tomás que le tocara para asegurarse que realmente era El mismo. Fué el Dios-Hombre el que fué tomado visiblemente de entre los discípulos el día de la ascensión. Y será este mismo Dios-Hombre quien regresará visiblemente en el día final.

En Jesucristo entonces, la naturaleza divina y la humana son singular y misteriosamente unidas en una persona. El Hijo quien era con el Padre desde la eternidad, ha tomado en sí mismo una verdadera y completa naturaleza humana. Las dos naturalezas están inseparablemente unidas. Ellas comparten sus características la una con la otra, pero sin embargo la divina permanece divina y la humana igualmente humana. En otras palabras, Jesús como el Dios-Hombre, no fué ni medio Dios, ni tampoco medio hombre, o un tipo de semidios, sino que poseyó la plenitud de Dios mientras que al mismo tiempo poseía una completa y verdadera naturaleza humana. ¿Quién espera penetrar este misterio? "Grande es el misterio de la piedad: Dios ha sido manifestado en carne" (1a. Timoteo 3:16).

JESUS SE HUMILLO A SI MISMO

Algunos aspectos de los relatos de la Escritura acerca de Jesús, el Dios-Hombre, cuando vivió en la tierra, son algo enigmáticos. Por un lado El reclamó para sí mismo igual honor que el debido a Dios y

dice: "Para que todos honren al Hijo, como honran al Padre" (Juan 5:23). No obstante, él mismo tomó una toalla y humildemente lavó los pies de sus discípulos desempeñando una de las tareas reservadas para el más humilde de los sirvientes. Por otro lado, Jesús manifestó su sabiduría divina. "Conocía a todos, y no tenía necesidad que alguien le diese testimonio del hombre, porque él sabía lo que había en el hombre" (Juan 2:24, 25). Con su omnisciencia divina conocía los pensamientos de los hombres. No obstante, cuando hablaba sobre, el final del mundo dijo que "del día y la hora nadie sabe, ni aún los ángeles de los cielos, sino mi Padre solo" (Mateo 24:36). Por una parte el era capaz de ordenar a Lázaro ya muerto cuatro días, que saliera vivo del sepulcro. Pero por otra parte, él mismo, colgado en la cruz y aparentemente tan indefenso ante su propia muerte que sus enemigos se burlaron de El diciendo: "A otros salvó, a sí mismo no puede salvar" (Mateo 27:42).

Estas narraciones en el Evangelio parecen paradojas extrañas en la vida de Cristo. Y continúan siéndolo hasta que uno se fije cuidadosamente en lo que se dice acerca de Cristo Jesús en la epístola del apóstol San Pablo a los Filipenses (2:6-8). San Pablo anima a los cristianos a tener la humildad de mente que Jesucristo tenía y luego describe su estado de humillación. El, siendo "en forma de Dios", y "no tuvo por usurpación ser igual a Dios". Esta cláusula es difícil de entender sin averiguar su significado por medio del original griego. El sentido original puede entenderse así: "El no consideró el ser igual a Dios un premio o galardón o un botín para ser exhibido." Así Jesús, el Dios-Hombre, poseía la forma de Dios y era igual con Dios. El poder, la sabiduría, la gloria, y el honor de Dios fueron en cada aspecto suyos. El no consideró la igualdad con Dios un premio o galardón que debiera ostentar.

En lugar de ello "se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo". Hizo a un lado el uso continuo y manifestación de su "forma de Dios" y prefirió mostrarse a sí mismo a los hombres en la forma de siervo. Escogió servir, al ser servido, Prefirió entregarse en manos de Pilato antes que llamar a doce legiones de ángeles que estaban a su disposición, como el Hijo de Dios. El, quien era la vida misma, escogió humillarse a sí mismo y fué "hecho obediente hasta la

muerte, y muerte de cruz" (Filipenses 2:8). Verdaderamente Jesús, siendo el Dios inmutable, el que es el mismo ayer, hoy y siempre, en todo tiempo poseía toda la plenitud de la deidad. Pero El asumió una naturaleza humana para el propósito de su autohumillación. De acuerdo con su naturaleza humana el pudo sufrir hambre, y sed, crecer en la sabiduría, sufrir cansancio, dolor, y aun la muerte. Asumió la naturaleza humana para humillarse hasta la muerte y alcanzar así su meta de la salvación del hombre. La carta a los Hebreos dice claramente: "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruír por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es a saber al diablo, y librar a los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos a servidumbre" (Hebreos 2:14, 15).

JESUS FUE EXALTADO

¡Qué cuadro tan diferente nos presentan los Evangelios de Jesús después de su resurrección! Ya no había en El más hambre, ni sed, ni cansancio. Atravesó sin dificultad alguna una puerta cerrada. Misteriosamente aparecía y desparecía. Ahora El proclamaba: "Toda podestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18). Sus discípulos observaban cómo su cuerpo fué levantado desde la tierra. El fué recibido en los cielos. La Escritura dice que Dios "obró en Cristo, resucitándole de los muertos y colocándole a su diestra en los cielos sobre todo principado y potestad, y potencia, y señorío, y todo nombre que se nombre, no solo en este siglo, más aun en el venidero, y sometió todas las cosas debajo de sus pies, y diólo por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia" (Efesios 1:20-22). Verdaderamente también según su naturaleza humana, Jesús penetró en el uso pleno del poder y la majestad que eran suyos como Dios, desde toda la eternidad. Cuando Jesús fué humillado había muchos que negaban su divinidad. En efecto, ya que El no siempre mostró su majestad divina, muchos no vieron en El nada más que un simple hombre. Los judíos rechazaron el testimonio de Jesús sobre su divinidad viendo en El un mero hombre. Por tanto, decidieron que

este hombre debía morir porque se hacía a sí mismo como el Hijo de Dios (Juan 19:7).

Ahora Jesús ya no está en el estado de humillación. San Pablo escribe: "Por lo cual Dios también le ensalzó a lo sumo, y dióle un nombre que es sobre todo nombre" (Filipenses 2:9). Pero ¿no hay muchísimos que aún se niegan a reconocerlo como el nombre que es sobre todo nombre? ¡Cuántos rechazan aun al Señor exaltado! Pero cuando El se presentará visiblemente en su regreso, cuando todos los hombres le verán en la plenitud de su gloria y majestad, entonces las palabras de San Pablo se encontrarán plenamente cumplidas: "Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y de los que en la tierra, y de los que debajo de la tierra; y toda lengua confiese, que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre" (Filipenses 2:10, 11).

VI LA REDENCION

"El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lucas 19:10). En esta simple y breve oración Jesús, el Hijo de Dios, dió el propósito de su venida al mundo como humano. Vino

a efectuar la salvación del hombre perdido por el pecado. Vino, como lo afirma la Escritura, a reconciliar el mundo con Dios (Véase 2a. Corintios 5:19). Otro término empleado para definir la obra de Jesús, es expiación. Vino a hacer al hombre uno con Dios, o sea, reconciliarle. Quizá el término más común para calificar su obra es la redención. Jesús vino al mundo para darse en rescate y librar al hombre de las demandas y la maldición de la Ley, en una palabra, vino a redimirlo.

Fué con este propósito que el Padre envió a su Hijo para que asumiera la naturaleza humana en el vientre de María. Jesús con santa obediencia se complació a llevar a cabo la voluntad salvadora de su Padre. "He descendido del cielo", como dijo, "no para hacer mi voluntad, más la voluntad del que me envió" (Juan 6:38). Voluntaria y complacientemente El se humilló a sí mismo y fué hecho obediente hasta la muerte, "y muerte de cruz" (Filipenses 2:8).

JESUS, EL SUBSTITUTO DEL HOMBRE

En cada uno de los actos de obediencia para con el Padre, Jesús actuó como substituto de toda la humanidad. Por esta razón se dice que la obra de Jesús es vicaria, ya que El actuó como el vicario, el substituto para el hombre. Así que como el pecado cometido por Adán afectó a toda la raza humana, así también la obediencia de Jesús afectó el bienestar del hombre. San Pablo escribió a los Romanos, diciéndoles: "Porque como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituídos pecadores, así por la obediencia de uno, muchos serán constituídos justos" (Romanos 5:19). Esta misma idea de la substitución fué expresada por el sumo sacerdote Caifás quien hablando por profecía sin darse cuenta de lo que realmente decía, proclamó, según San Juan: "Que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda" (Juan 11:50). Uno substituyendo por muchos, por toda la humanidad, de este modo se llevó a cabo la expiación vicaria efectuada por Jesús el Dios-Hombre. Como un verdadero hombre El pudo tomar el lugar del hombre, y como el santo Dios pudo hacer por el hombre lo que el hombre mismo nunca hubiera sido capaz de hacer.

JESUS CUMPLIO LA LEY

Lo que Jesús hizo por el hombre como su substituto, en obediencia al Padre, tiene un doble aspecto.

El primero incumbe al cumplimiento de la Ley divina. La santidad de Dios demandaba del hombre una obediencia perfecta a su Ley, la santa voluntad vivina. Aun una sola transgresión de esta voluntad divina hizo al hombre un pecador y no podría ser tolerada. Dios no sólo demandaba hacer lo mejor que se pudiera, sino el demandaba completa obediencia y absoluta santidad. Nada menos era suficiente. Pero esto es imposible para el hombre.

Es imposible para todos los hombres excepto para uno, el único hombre que también era el santo Dios. Cuando se cumplió el tiempo, "Dios envió a su Hijo, hecho de mujer". Este Dios-Hombre se puso a sí mismo bajo la Ley. ¿Por qué? Como verdadero Dios el estaba encima de la Ley. El es el Autor y Señor de ella. Pero fué "hecho súbdito a la Ley para que redimiese a los que estaban debajo de la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gálatas 4:4, 5). Así Jesús se sometió a la Ley y la guardó perfectamente, como sólo El pudo hacerlo. No la guardó para su propio bien, sino para redimir al hombre, para librarlo porque el hombre que estaba bajo la Ley era incapaz de cumplirla. Esto San Pablo lo enfatiza cuando escribe: "Así por una justicia vino la gracia a todos los hombres para la justificación de vida. Así por la obediencia de uno los muchos serán constituídos justos" (Romanos 5:18, 19). En el Cristo Santo, actuando como substituto del hombre pecador, el hombre cumplió plenamente la Ley divina y le es contado como justicia delante de Dios.

JESUS PAGO LA DEUDA

Debemos fijar nuestra atención en otro aspecto, a saber, que Jesús en plena obediencia al Padre substituyó al pecador. Eso implica al hombre, su transgresión, culpa y castigo. En verdad el hombre no puede cumplir la Ley divina perfectamente, ni lo hace. Dios había

dicho: "El alma que pecare, esa morirá". No cabe la menor duda de que "la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). La muerte es por lo tanto el castigo que el pecado del hombre ha traído sobre sí. En el pago de este castigo el Jesús Santo y Justo ha substituído al hombre pecador. En este caso El hizo también lo que el hombre no hubiera podido hacer. Para ilustrar esto vamos a ver un ejemplo: Juan, al conducir el auto de su padre, rebasó los límites de la velocidad máxima. Fué declarado culpable por el juez. El castigo fué 100 pesos de multa o diez días de cárcel. Juan no pudo pagar la multa para salirse de la prisión. Entonces su padre dió esa cantidad por él, y así Juan fué puesto en libertad. En cierto modo esta ilustración muestra lo que Jesús hizo por el hombre. Como substituto del mismo, El pagó el castigo del pecado que era la muerte. San Pablo escribe: "Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios" (Efesios 5:2). Jesucristo mismo dijo que El había venido para dar su vida en rescate por el pecador. Verdaderamente "también Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos" (1a. Pedro 3:18).

Pero Jesús hizo mucho más que pagar una multa por la culpa nuestra; El asumió nuestra culpa. En efecto el pecado fué cargado sobre El. Isaías en su profecía resume de una manera maravillosa esto, diciendo: "Más El herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados" (Isaías 53:4-6). "Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición" (Gálatas 3:13). Habiendo asumido la culpa del hombre, pagó el precio total, o sea, la muerte en la maldita cruz.

San Pablo resume estos dos aspectos de la substitución de Jesús cuando escribe: "Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en el" (2a. Corintios 5:21). El pecado del hombre le fué cargado al Cristo Justo; la justicia de Jesucristo se acredita al hombre pecador como si fuese su propia justicia. ¡Qué cambio maravilloso! ¡Qué bendita substitución!

LA REDENCION ES COMPLETA

Esta obra redentora de Jesús es perfecta y completa en todo aspecto. ¿Por cuántos pecados de los hombres murió Jesús? La respuesta a esta pregunta es: Por todos los pecados. Si se pregunta: ¿Por quiénes dió Jesús su vida? La respuesta es: Por todos los hombres. ¿Por cuánto tiempo es efectiva la redención? La respuesta es: Para siempre. El sacrificio único de Jesús ha ganado la redención de todos los pecados de todos los hombres, para siempre. Esto es lo que las Escrituras enseñan al respecto: "Así también Cristo fué ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos" (Hebreos 9:28). "Aún a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros" (Romanos 8:32). "Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí" (2a. Corintios 5:19). "Pero éste, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio para siempre, está sentado a la diestra de Dios; — Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (Hebreos 10:12, 14). La Escritura está saturada de la evidencia de la verdad de la proclamación de Jesús acerca de su obra redentora: "Consumado es".

JESUS EL SUMO SACERDOTE

Al sacrificarse a sí mismo por el hombre, Jesús desempeñó el puesto del gran Sumo Sacerdote. Otra función de un sacerdote era la de interceder ante Dios de parte de la gente.

El gran sacerdocio de Jesús se extiende también al rogar por nosotros. Cuando Jesús regresó a su Padre, "entró en el mismo cielo para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios" (Hebreos 9:24). San Pablo también escribe sobre ésto cuando dice: "Cristo — además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros" (Romanos 8:34). Juan da la seguridad: "Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1a. Juan 2:1).

De acuerdo con la Escritura Jesús desempeña no solamente el

oficio de sacerdote, quien sacrifica e intercede, sino que actúa además como profeta y como rey.

JESUS EL PROFETA

Diós había prometido a Israel: "Profeta de en medio de tí, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis" (Deuteronomio 18:15). El Espíritu de Dios el Señor vino sobre Jesús de tal manera que aplicó a sí mismo la profecía de Isaías: "El Espíritu del Señor Jehová es sobre mí, porque me ungió Jehová, hame enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos abertura de la cárcel; a promulgar año de le buena voluntad de Jehová, y día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados" (Isaías 61:1, 2). Como profeta Jesús fué enviado a predicar el Evangelio, el cual el estableció por medio de su sacrificio.

Jesús fué enviado a "dar testimonio de la verdad" (Juan 18:37). Fielmente llevó a cabo su oficio profético. En oración a su Padre celestial Jesús podía decir: "Porque las palabras que me diste, les he dado. — Yo les he dado tu palabra. — Yo les he manifestado tu nombre, y manifestárolo aún" (Juan 17:8, 14, 26).

Es importante para el hombre escuchar la palabra de este gran profeta enviado de los cielos. El vino como "luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo" (Juan 1:9). El vino como el buen Pastor, cuyas ovejas le escucharán y reconocerán su voz. A ellas les dará vida eterna. (Juan 10:28). Su palabra fué prometida para esclarecer al hombre el camino a la vida eterna. Jesús dijo: "El que me sigue no andará en tinieblas, más tendrá la lumbre de la vida" (Juan 8:12).

Jesús continúa predicando, continúa siendo el gran Profeta para el hombre. Aunque su palabra no sea ya más oída directamente de sus labios, El dió el mandamiento a sus discípulos: "Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a toda criatura" (Marcos 16:15). Y les dijo: "Como me envió el Padre así también yo os envío" (Juan 20:21). Jesús continúa predicando actualmente. La Escritura dice

que el Señor Jesús quien ascendió, es aquel quien "dió unos, ciertamente apóstoles; y otros, profetas; y otros, evangelistas; y otros, pastores y doctores; para perfección de los santos, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo" (Efesios 4:11, 12). De modo que el Señor Jesús sigue siendo el profeta para todos los hombres al enviar a sus creyentes al mundo con su Evangelio. El estableció el ministerio de la reconciliación. El envía a sus embajadores con la imploración: "Os rogamos en nombre de Cristo; Reconciliaos con Dios" (2a. Corintios 5:20).

JESUS EL REY

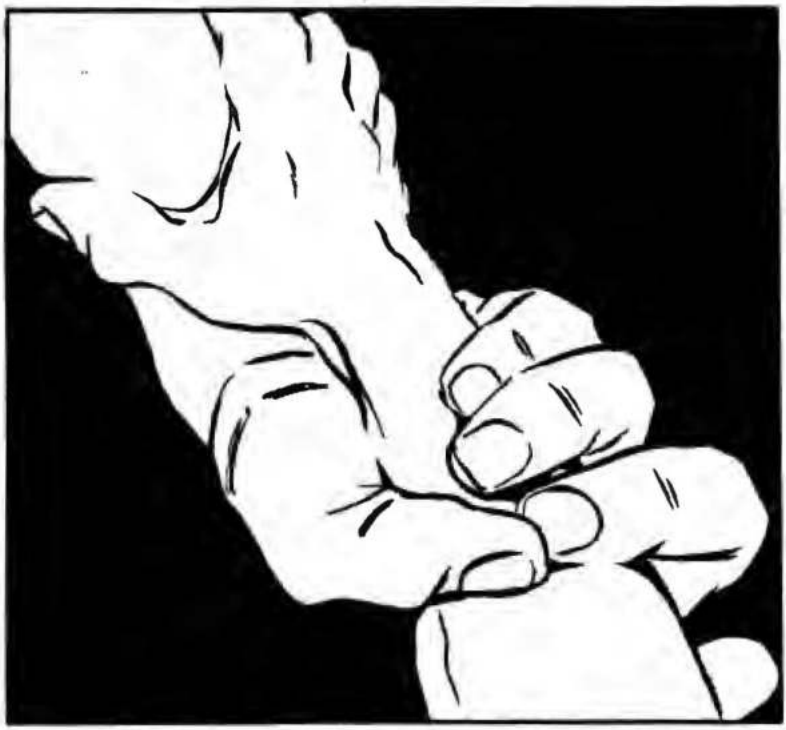
Las Escrituras también hablan de Jesús como rey. Cuando Pilato preguntó a Jesús, "¿Luego rey eres tú?", la respuesta de Jesús fué: "Tú dices que yo soy rey" (Juan 18:37). Jesús tuvo que explicarle a Pilato: "Mi reino no es de este mundo" (Juan 18:36). El reino de Cristo no consiste en cierta región geográfica. Su dominio no era terrenal. Cuando las Escrituras hablan de Jesús como rey aluden a su función de rey o Señor. El reino de Jesús consiste en que El reine, como un rey lo hace. Cuando el nacimiento de Jesús fué anunciado a la Virgen María, el ángel le dijo que su hijo se sentaría en el trono de David y "reinará en la casa de Jacob por siempre; y de su reino no habrá fín" (Lucas 1:33). ¡Sí! Jesús es rey. El reina y gobierna.

Jesús reina con poder. "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18). Aunque Jesús como verdadero Dios poseía todo poder desde la eternidad. El pudo decir que el poder le había sido dado, porque le fué dado como a un verdadero hombre. Entonces El es el Dios-Hombre quien tiene todo poder y reina con poder. El es Señor de todo. Nada acontece sin su conocimiento o permiso. Tiene dominio supremo sobre todas las criaturas y hace que "a los que a Dios aman todas las cosas les ayudan a bien" (Romanos 8:28). Esto se llama con frecuencia el reino de poder de Jesús.

Cuando Jesús se llamó a sí mismo rey ante Pilato, dijo: "Tú dices que yo soy rey. Yo para ésto he nacido, y para ésto he venido al

mundo para dar testimonio a la verdad. Todo aquél que es de la verdad oye mi voz" (Juan 18:37). La verdad que Jesús vino a testificar es el Evangelio del perdón. Jesús lleva su reino a los corazones humanos cuando ellos por fe reciben esta verdad. Esto se llama el reino de gracia de Jesús y abarca a todos los cristianos. Como parte de este reino de gracia sobre ellos en la iglesia, cada uno recibe las abundantes bendiciones y dádivas de Jesús.

Habiendo ascendido a la diestra de su Padre, Jesús prometió regresar sentado "sobre el trono de gloria" (Mateo 25:31). A aquellos, a su lado derecho, que le han seguido por fe, El dirá: "Venid benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde le fundación del mundo" (Mateo 25:34). Allí ellos contemplarán la gloria que el Padre había dado a Jesús desde la eternidad (Véase Juan 17:24). Todos aquellos que ahora se regocijan en la gracia de Dios, estarán en la eternidad alabando y bendiciendo a Jesús. Serán glorificados por El y ellos le glorificarán por los siglos de los siglos. Cuando Jesús reinará en gloria sobre todos los que El ha comprado y ganado como los suyos, entonces la redención habrá alcanzado su cumplimiento perfecto y total.



VII LA FE

Jesucristo murió por todos. En El Dios ha justificado a todos los pecadores. San Pablo proclama que, "así por una justicia vino la gracia a todos los hombres para justificación de vida" (Romanos 5:18). ¿Qué significa ésto?

Cada hombre se halla en la presencia de Dios. El tiene que dar cuenta de todo lo que hace. Un juicio es pronunciado sobre él, y, o es hallado culpable o es declarado inocente, declarado justo, y así absuelto, Pero el hombre, siendo pecador, ciertamente es culpable;

no merece nada menos que el veredicto de condenación. Sin embargo, Cristo el substituto del hombre, ha removido el pecado del hombre. El pecado que sólo podía resultar en la condenación, ha sido quitado. En su lugar, Jesús, el único perfecto, santo, y justo hombre, como substituto del hombre, presenta ante Dios su justicia, y pide que el hombre sea juzgado de acuerdo con ella. Dios, viendo sólo la justicia de Jesús, declara al hombre justo; el hombre fué absuelto. Otra forma de decirlo es que Dios ha justificado al hombre. ¿Por qué hizo esto Dios? No lo hizo por ninguna aportación humana. Esto es por completo una dádiva de la gracia divina.

EXPIACION UNIVERSAL

La epístola a los Romanos en su capítulo 5 y versículo 18 se puede parafrasear y explicar de la siguiente manera: A base de la completa santidad y justicia de un hombre, Jesucristo, substituyendo a toda la humanidad, Dios ha dado como una dádiva de su gracia la justificación a todos los hombres, esto es, que les ha declarado santos y justos. Como resultado se les ha adjudicado vida.

Dado que ésto es algo que tomó lugar a través de la vida, muerte, y resurrección de Jesús, y que es una realidad objetiva, puede hablarse de ella como la justificación objetiva o la expiación universal.

SALVACION PERSONAL POR FE

¿Significa lo anterior que existe una salvación universal? La Escritura declara que en Cristo, Dios reconcilió a la humanidad entera a sí. ¿Enseña entonces que todos serán salvos? ¡No, de ninguna manera! Jesús dijo: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere, será condenado" (Marcos 16:16). Por medio de la fe los beneficios de la redención universal son recibidos por el individuo y apropiados por él, y por medio de la incredulidad los beneficios de la redención universal se pierden en el individuo. La Escritura repetidamente afirma que un hombre es salvo, o jus-

tificado por fe. "El justo por la fe vivirá" (Romanos 1:17). Esto concierne personalmente a cada individuo.

NATURALEZA DE LA FE

En la fe está la diferencia entre la salvación y la condenación del individuo. ¿Es entonces la fe la contribución del hombre a su salvación? Sólo alguien que no quiera escuchar lo que Dios dice acerca de la naturaleza de la fe, llegará a esta conclusión. La fe presupone conocimiento y asentimiento. San Pablo hace la pregunta: "¿Y cómo creerán a aquel de quien no han oído?" (Romanos 10:14). Antes de que uno crea algo, reconoce primero que lo que ha oído es verdadero. Sin embargo, el simple hecho he oír y conocer y asentir a algo no es en sí mismo la fe salvadora. La fe no es un asunto mental, o un proceso intelectual. El demonio conoce a Dios y reconoce que Jesús es el Salvador. Santiago escribe: "Tú crees que Dios es uno; bien haces; tambien los demonios creen y tiemblan" (Santiago 2:19). La fe salvadora consiste en algo más que un mero conocimiento; y más que asentimiento a la verdad; envuelve algo más que la mente.

La fe tiene algo que ver con el interior del hombre, con su corazón. San Pablo dice: "Porque con el corazón se cree para justicia" (Romanos 10:10). En las Escrituras tenemos un ejemplo de gran fe en Abraham. San Pablo dice de Abraham: "Y no se enflaqueció en la fe, ni consideró su cuerpo, ya muerto (siendo ya de casi cien años), ni la matríz muerta de Sara; tampoco en lo promesa de Dios dudó con desconfianza: antes fué esforzado en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que todo lo que había prometido era también poderoso para hacerlo" (Romanos 4:19-21). Esto es fe. El corazón es persuadido de que Dios hará lo que dice. La fe es confianza plena en las promesas de Dios. "Es pues la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven" (Hebreos 11:1).

EL PAPEL DE LA FE

La fe es el medio por el cual el individuo se ase de las promesas del Evangelio. La fe no sólo dice: "Jesús murió en la cruz por los pecados de los hombres", sino confía: "Jesús murió por mí". La fe no sólo dice: "Hay un Dios, hay un cielo, y hay un Salvador", sino dice, "El Señor es mi Dios quien preparó el cielo para mí, y yo tengo esta bendición a través de Jesús mi Salvador". La fe puede ser comparada a una mano que recibe. La mano es el medio por el cual se toma un regalo. Pero eso no quiere decir que el coger un regalo es merecerlo. El hecho de que la mano se extienda para tomar ese regalo no implica que lo merezca. La mano es sólo el medio por el cual se recibe tal. Así sucede con la fe. No es un mérito del hombre ni merecedora de la salvación, sino simplemente es el medio por el cual las promesas del Evangelio son apropiadas.

POR GRACIA

Lo que se recibe por fe, se recibe como una dádiva de la gracia divina. La fe y la gracia siempre van juntas. Ambas se colocan en contraste a las obras. Esto se evidencia en los siguientes pasajes de Romanos: "Así que concluímos ser el hombre justificado por fe, sin las obras de la ley" (Romanos 3:28); "y si por gracia, luego no por las obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por las obras, ya no es gracia; de otra manera ya no es obra" (Romanos 11:6). Esto echa abajo el argumento de que la fe es la contribución del hombre a su salvación. La fe no es una obra que sea merecedora de una recompensa; es sólo la mano que recibe una dádiva de gracia.

¿Pero no es la fe algo que proviene del hombre? En verdad es el hombre quien con su corazón cree o confía. Ningún otro puede hacerlo por él. ¿Pero cuál es el origen de la fe? "Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por Espíritu Santo" (1a. Corintios 12:3). "Luego la fe es por el oir; y el oir por la Palabra de Dios" (Romanos 10:17). Entonces la fe igualmente es un don de Dios. Es algo que Dios crea en el hombre a través de los medios de gracia. Esto será estudiado más a fondo en otro capítulo.

DOS ASPECTOS DEL ARREPENTIMIENTO

La Escritura emplea varios términos para describir lo que Dios efectúa en el hombre para cambiarlo de un pecador a un creyente justificado. Jesús dice: "Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente" (Lucas 15:10). Aquí a este cambio se le llama arrepentimiento. Este cambio posee dos aspectos. El primero es remordimiento o pesar por los delitos cometidos. En efecto, la Escritura algunas veces usa la palabra "arrepentirse" para cubrir este aspecto. Esto se nota en Job 42:6, en donde Job dice: "Por tanto me aborrezco, y me arrepiento, en el polvo y en la ceniza". Job muestra el profundo pesar por sus delitos y se aborrece a sí mismo. Los hombres son llamados al "arrepentimiento de obras muertas" (Hebreos 6:1), y son prevenidos contra la falta de arrepentimiento" de la inmundicia y fornicación y deshonestidad que han cometido" (2a. Corintios 12:21).

Este remordimiento Dios lo obró en los corazones de los oyentes en el día de Pentecostés, cuando Pedro les dijo que habían crucificado a aquel que era "Señor y Cristo". "Fueron compungidos de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos"? (Hechos 2:37). Esto es el remordimiento que Pedro experimentó cuando se dió cuenta de que había negado a su Señor, y fué y lloró amargamente.

Pero el arrepentimiento no es sólo lamento o pesar. El pesar en sí es sólo preliminar y por sí solo no tiene valor para salvar. Judas se arrepintió de su traición. Tanto lamentó lo que había hecho, que no pudo conservar el dinero que le había tentado. Lo arrojó en el templo y confesó: "Yo he pecado, entregando la sangre inocente" (Mateo 27:4). Mas su arrepentimiento incluyó solamente el aspecto del pesar. Lo condujo a la desesperación, "y fué y se ahorcó" (v. 5).

El cuadro completo del arrepentimiento implica un segundo aspecto, a saber, la fe misma. Esto es lo más importante. Cuando el carcelero de Filipos, estando desesperado, preguntó: "¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?", la respuesta fué: "Cree en el Señor Jesucristo" (Hechos 16:31). Aquí estaba la diferencia entre el arrepentimiento de Pedro y el de Judas. Ambos se encontraban

profundamente apesadumbrados por su pecado. Judas sólo llegó hasta ahí y se desesperó. Pedro se fijó en Jesús con toda fe y por fe encontró perdón y paz. Este es el arrepentimiento en su sentido completo.

CONVERSION - REGENERACION

La Escritura emplea otros términos para designar el cambio que Dios obra en el hombre. Estos términos son descriptivos. Algunas veces se le llama conversión. Santiago escribe: "Sepa que el que hubiere hecho convertir al pecador del error de su camino, salvará un alma de muerte" (5:20). Esto habla de un completo cambio. En vez de continuar hacia el norte uno se va hacia el sur. En vez de seguirle al pecado, uno sigue el Señor Jesús. Este cambio algunas veces es llamado regeneración o renacimiento. Esto implica un cambio de la muerte a la vida. Cuando Dios obra la fe, hay un cambio del estar espiritualmente muerto al volver a vivir espiritualmente (Véase Efesios 2:1-7).

Todas estas expresiones nos ayudan a ilustrar el cambio que Dios ha efectuado a través de su Palabra, cuando obra en el hombre la fe. No importa el término o la ilustración que se emplee. Todas estas expresiones hablan del hecho de que Dios conduce al hombre a sentir remordimiento sobre su pecado y a asirse con la mano de la fe del perdón, ganado por Cristo para el mundo.

VIII LOS FRUTOS DE LA FE

Donde hay fe, hay vida, vida espiritual. Y la vida espiritual es activa. La fe produce fruto. Jesús ilustra esto usando la figura de la vid y sus ramas. Como las ramas están adheridas a la vid, así el cristiano está unido a Cristo por medio de la fe. Como una rama viviente, el cristiano produce fruto (Juan 15:5). Este fruto son las buenas obras.

Jesús también usó la figura de un árbol. Un árbol bueno produce buenos frutos, y un árbol malo siempre da fruto malo. Esto se aplica al hombre. "El buen hombre del buen tesoro de su corazón saca bien" (Lucas 6:45).

FRUTO EXPRESA RELACION

La expresión "fruto" es significante. Muestra la afinidad natural entre el cristiano y sus buenas obras. El buen fruto no produce un buen árbol. Tampoco el hacer buenas obras produce un hombre bueno. Primero el árbol es hecho bueno, entonces este puede producir fruto bueno. Así el cristiano a través de la fe en Cristo es purificado y justificado, y como un "buen árbol" producirá obras buenas. Por cuanto las buenas obras son un fruto, ellas son siempre el resultado, y nunca la causa de la fe y justificación. Ellas son un resultado necesario de la fe. Santiago señala: "Así también la fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma" (Santiago 2:17). Si alguien que se llama cristiano no produce buenas obras, en verdad él no es un cristiano. Las buenas obras no son opcionales para el cristiano, sino que las produce espontáneamente, porque ya no está muerto espiritualmente sino ha vuelto a vivir.

LA SANTIFICACION

Esta vida de buenas obras que son los frutos de la fe, se denomina la santificación del cristiano. Santificar significa hacer santo. Algunas veces esta expresión se usa para hablar de todo aquello que Dios hace en el hombre, comenzando con la fe. En este sentido también incluye la justificación. Pero con mayor frecuencia "santificación" se emplea para hablar de la vida que sigue a la justificación. En este sentido se refiere a los pasos de la vida cristiana. Cada día es más santo en lo que hace.

Es Dios mismo quien obra en esta nueva vida de santificación en el cristiano. "Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación" (1a. Tesalonisenses 4:3). Dios, el Espíritu Santo, el cual obra la fe, opera en el corazón del cristiano y así produce los buenos frutos de la fe. "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios" (Romanos 8:14). En efecto, los cristianos son amonestados: "Andad en el Espíritu, y no satisfagáis la concupiscencia de la carne" (Gálatas 5:16).

El Espíritu Santo obra la santificación en el cristiano a través de la Palabra de Dios. Por medio del Evangelio, el Espíritu Santo guía al cristiano a regocijarse en la misericordia de Dios revelada en Cristo. Esto mueve al cristiano a una vida de santificación. San Pablo lo expone claramente: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Romanos 12:1). El cristiano que ha experimentado las requezas de la gracia divina, será movido a vivir bajo la voluntad de Dios como uno de sus hijos. Acerca de ésto San Pablo dice que uno dé su cuerpo en sacrificio vivo a Dios. El Evangelio es la fuerza que impele a esta nueva vida. Esta nueva vida del cristiano debe corresponder a la voluntad divina. El hombre no puede simplemente escoger por sí mismo las obras que él desea hacer para agradarle a Dios. Dios dice al hombre cómo quiere El que sea. Esto lo dice Dios en su Ley. El Espíritu Santo usa esta Ley para instruír al cristiano para que no intente servirle a Dios en ignorancia con obras de su propia selección, las cuales posiblemente ni le agradarán a Dios. Si un hombre dijera: "Yo puedo agradar a Dios llevando una vida de ayuno", tal hombre deberá preguntarse primero, "¿Dónde dice Dios ésto?" O si un cristiano dijera: "Yo puedo ser un buen cristiano, sin tener que asistir a la iglesia". A éste la Ley le dice que él no está para despreciar la Palabra de Dios. De cualquier manera un cristiano escuchará lo que el Espíritu Santo le revela como la santa voluntad. Esta será la guía para instruírle en llevar una vida cristiana. El Evangelio mueve al cristiano a realizar buenas obras, y le da la capacidad para hacerlas. La Ley, por otro lado, instruye al cristiano de tal manera que sepa y conozca las obras que son agradables a Dios.

ADIAFORA

Sin embargo, Dios no dice al hombre lo que debe hacer en todas las situaciones. No dice o sugiere el candidato por el cual se debe votar. Mucho menos dice qué es lo que se debe comer ni qué es lo que

se debe poner. Tampoco dice cómo se debe aplicar el agua en el Bautismo. No establece una liturgia específica en los cultos de adoración. Hay muchas cosas acerca de las cuales Dios no establece mandatos o prohibiciones específicas. Tales cosas son llamadas "adiáfora". En estas cosas Dios le da la libertad al cristiano para que haga según su propia resolución. No obstante, hay que tener cuidado de no emplear esta libertad cristiana de tal manera que pueda perjudicar o dañar a nuestro prójimo, o que de alguna manera viole alguna parte de la Escritura.

NO HAY PERFECCION

Aunque el cristiano produzca el fruto de las buenas obras, éstas nunca serán perfectas. La santificación del cristiano nunca alcanzará la perfección. San Pablo reconoció esto aun en sí mismo. El quería hacer lo bueno, pero el mal estaba siempre presente. "Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, éste hago" (Romanos 7:19). Como él se examinó a sí mismo, notó: "Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios: Mas veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi espíritu, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (Romanos 7:22, 23). Como un hijo creyente de Dios, el cristiano desea hacer lo que le agrada a su Padre. Pero el cristiano reconoce que los malos deseos aún le desvían en hacer lo que realmente no quiere. Por consiguiente la vida de santificación es una gran y constante lucha entre el nuevo hombre de fe y el viejo hombre de pecado.

Un cristiano sabe que debe amar a Dios sobre todas las cosas. Aun así se da cuenta que su corazón pecaminoso desea las riquezas de este mundo, Un cristiano sabe que no debe hablar mal de su prójimo, pero aún así algunas veces encuentra que es agradable oír y diseminar malos rumores acerca de su prójimo. Un cristiano sabe que debe tener un corazón puro, sin embargo, le gusta a veces oir una broma de mal gusto. Un cristiano quiere dar su contribución a la iglesia como muestra de su amor a Dios. No obstante, encuentra que

su orgullo pecaminoso busca la gloria por lo que ha hecho. Ciertamente el cristiano quiere hacer lo que es bueno, pero el pecado está siempre presente en él. San Juan escribe: "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros" (1a. Juan 1:8).

Por esta razón el cristiano debe examinarse constantemente, y arrepentirse diariamente de lo malo que ha hecho y de sus fallas en hacer lo bueno. Diariamente confesará sus pecados, y pedirá al Señor el perdón. Por lo tanto Juan continúa: "Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad" (1a. Juan 1:9). Diariamente el cristiano pedirá al Señor que le fortalezca en su lucha hacia la santidad de vida.

LA JUSTICIA CIVICA

Una pregunta se suscita. ¿Acaso un incrédulo no puede hacer buenas obras? Los incrédulos pueden realizar aquellas obras que exteriormente parecen buenas, pero siendo incrédulos, no pueden producir las buenas obras que son frutos de fe.

Cuando un incrédulo ayuda a un vecino enfermo, ésto es aparentemente una buena obra. Exteriormente parece lo mismo que la ayuda que un cristiano puede brindar.

La contribución de caridad de un incrédulo aparece también como una buena obra, tanto como la dádiva de un cristiano. El incrédulo puede mostrar respeto para la ley y observar por ello la velocidad máxima. También respeta la propiedad de su vecino. Estas son llamadas obras de la *justicia civica*.

Dichas obras son útiles para la vida presente. Permiten a los hombres vivir en la armonía en una comunidad y en una nación. Aun de estas obras pueden resultar bendiciones en este mundo. El hombre que lleva una vida ordenada puede experimentar mejor salud que la del que bebe en exceso. La justicia cívica puede tener sus compensaciones sobre quien la hace en esta vida.

Las obras de la justicia cívica, sin embargo, no son en sí buenas

obras ante los ojos de Dios. Las buenas obras que no son hechas por la fe no son agradables a los ojos de Dios porque "sin fe es imposible agradar a Dios" (Hebreos 11:6). Exteriormente las obras pueden parecer buenas, pero si éstas son hechas con motivos egoístas, es decir para ganar algo, o para escapar del castigo, o para satisfacer el propio orgullo, ellas no son buenas ante Dios. Estas han sido llamadas "vicios relucientes". Estas no son frutos de la fe.

Hay entonces una diferencia entre la justicia cívica de un incrédulo y las buenas obras que son el fruto de la fe de un cristiano. Aunque no son siempre diferentes en su apariencia exterior, siempre son diferentes en cuanto a las causas que las motivan. Son diferentes también en cuanto a la forma en que Dios las recibe.

Un cristiano orará a Dios para que le dé fuerzas para que su vida entera demuestre mayor evidencia de la fe que está en su corazón. Orará para que lo dicho por San Pablo sea también una realidad para él. "Mas ahora, librados del pecado, y hechos siervos a Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y por fin la vida eterna" (Romanos 6:22).

IX LA ORACION

Un cristiano ora. Tan luego como Saulo fué convertido en el camino a Damasco, empezó a orar. Dios lo señaló como evidencia de que ahora él era creyente. Cuando mandó a Ananías ir a Saulo, le aseguró: "He aquí, él ora" (Hechos 9:11).

Un cristiano puede orar, porque, a través de la fe en Jesús ha llegado a ser un hijo de Dios. Como hijo de Dios, él sabe que puede acercarse al Padre Celestial en toda confianza. El sabe que por la muerte de Jesús un puente se ha tendido sobre el abismo del pecado,

que le separaba de Dios. Así él se acercará a Dios siempre por medio de la fe en Jesús; y lo hará con seguridad (Juan 16:23). El Espíritu Santo le mueve a tal oración, como Pablo escribe: "Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre" (Gálatas 4:6).

La oración debe ser dirigida siempre al único y verdadero Dios, revelado en las Escrituras, el Dios Trino. Jesús dijo "Al Señor tu Dios, adorarás y a él solo servirás" (Mateo 4:10). Los paganos también pueden orar a sus dioses. Los profetas de Baal persistían en sus oraciones a Baal, desde la mañana, en la tarde, y aun hasta el sacrificio nocturno (1o. Reyes 18:26-29). Pero ésta era una oración falsa; era pecado por cuanto no estaba dirigida al único Dios viviente.

Por esta razón, ninguna oración debe ser dirigida a alguna de las criaturas de Dios. No se debe orar, ni a los santos, ni a los ángeles. Cuando San Juan se postró ante el ángel que le mostró las revelaciones divinas, el ángel se lo dijo: "Mira que no lo hagas: porque soy siervo contigo, y con tus hermanos los profetas, y con los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios" (Apocalipsis 22:9). La oración es una forma de adoración. Orar a alguien que no sea el Dios Trino, es idolatría.

LA NATURALEZA DE LA ORACION

En la oración el cristiano se comunica con Dios. Las oraciones pueden ser dirigidas a Dios mediante palabras pronunciadas. Jesucristo mismo enseñó a sus discípulos tal comunicación en las palabras del Padre Nuestro (Mateo 6:9-13). Un cristiano puede emplear las palabras de un texto memorizado de un manuscrito. O también las palabras pueden ser libremente escogidas en el mismo momento de la oración. Esteban no había preparado de antemano las palabras de la oración que él hizo cuando fué apedreado (Hechos 7:59, 60). Espontáneamente sus labios encontraron las palabras precisas para expresar la petición de su corazón.

Sin embargo, la oración no se limita a palabras pronunciadas. San

Pablo escribe: "Y asimismo también el Espíritu ayuda a nuestra flaqueza: porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos; sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles" (Romanos 8:26).

Es posible que el hombre no sepa cómo expresar los más profundos deseos de su corazón. Es posible que sus labios no puedan hallar las palabras para decir lo que siente dentro de su alma. El Espíritu Santo, quien mora en el corazón y conoce cada uno de los pensamientos del hombre (Salmo 139:1-2), escucha no solamente las palabras habladas, sino también los pensamientos y gemidos del corazón. Por medio de Isaías El da la seguridad: "Y será que antes que clamen, responderé yo; aun estando ellos hablando, yo habré oído" (Isaías 65:24). "Orad sin cesar" San Pablo escribe a los tesalonicenses (1a. Tesalonicenses 5:7).

Existían monasterios en los cuales trataban de llevar a cabo este mandamiento teniendo a los monjes orando en turnos, de tal manera que la oración fuera continuada todo el tiempo, día y noche. Esto se acerca muy escasamente al significado que San Pablo dió a dichas palabras. Mas bien, la vida entera de un cristiano, será una vida de oración, fluyendo de la fe. El cristiano se encomienda a sí mismo en las manos de Dios, en todo lo que hace, dice y piensa, ya sea al estar despierto o dormido. El mira a Dios en todos los momentos, en cada necesidad, en cada bendición. El recibe todas las cosas de Dios con un corazón agradecido.

EL CONTENIDO DE LA ORACION

¡Cuán evidente debe ser que el cristiano agradecerá a Dios por las bendiciones que ha recibido! El salmista invita: "Entrad por sus puertas con reconocimiento, por sus atrios con alabanza: Alabadle, bendecid su nombre" (Salmo 100:4). En forma similar San Pablo hace una invitación a los cristianos a adorar a Dios cuando dice, "dando gracias siempre de todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Efesios 5:20). Por otro lado, cuando el Señor invita al cristiano: "Invócame en el día de la angustia", ésta es

una invitación a pedir a Dios en cuanto a las necesidades y para que calme sus temores, y sus ansiedades, las Escrituras dicen: "Por nada estéis afanosos: sino sean notorias vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias" (Filipenses 4:6).

El Señor quiere que los cristianos le invoquen y que lo hagan en todas las cosas, pequeñas, o grandes, temporales y espirituales, por sí mismo y por sus semejantes. De hecho Jesús ordena a los cristianos "Orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mateo 5:44).

El cristiano debe rogar a Dios por su gobierno. "Amonesto pues, ante todas cosas, que se hagan rogativas, oraciones, peticiones, hacimientos de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad" (1a. Timoteo 2:1-2).

Dios llama a los Israelitas cautivos en Babilonia, "procurad la paz de la ciudad a la cual os hice traspasar y rogad por ella a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz" (Jeremías 29:7). El cristiano debe recordar en sus oraciones no solamente al gobierno que él ha escogido libremente, sino a cualquier poder que gobierne sobre él.

Los cristianos se ocuparán y orarán especialmente para la predicación exitosa del Evangelio. Pablo recuerda a los Efesios a orar siempre "por todos los santos, y por mí, para que me sea dada palabra en el abrir de mi boca con confianza, para hacer notorio el misterio del Evangelio" (Efesios 6:18-19). El dice algo parecido a los Tesalonicenses: "Resta, hermanos, que oréis por nosotros, que la palabra del Señor corra y sea glorificada así como entre vosotros" (2a. Tesalonicenses 3:1).¡Qué tan importante es que los cristianos oren por las misiones!

Un estudio de la oración del Señor, mostrará el contenido amplio de una oración cristiana. Revelará también la necesidad de alzar nuestros ojos al Padre Celestial, mas particularmente para bendiciones espirituales. Es significativo que sólamente una de las siete peticiones se concierne de las necesidades físicas del hombre.

EL PODER DE LA ORACION

Por medio de la oración Dios ha puesto en las manos del hombre un gran poder. Dios se ofrece a ser el siervo del hombre y hacer lo que éste le pide. El Dios Todopoderoso promete: "Pedid, y se os dará" (Mateo 7:7). "Y todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis" (Mateo 21:22). El asegura al cristiano que "la oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho" (Santiago 5:16).

Sin embargo, el cristiano recordará que se dan estas promesas en cuanto a la oración hecha en el nombre de Jesús (Juan 14:13), y en cuanto a la oración que muestra confianza (Santiago 1:6-7). La fe de un cristiano también le moverá a orar como oró Jesús: "Empero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas 22:42). Un cristiano no querrá que la respuesta divina a su oración le dañe a él mismo ni a otros.

También las Escrituras nos advierten que no abusemos de la oración. Santiago escribe: "Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites" (4:3). No se debe usar la oración para satisfacer los deseos carnales. No debe hacerse de la oración una fachada de santidad para esconder motivos egoistas y los intereses carnales. (Véase al fariseo orando en el templo, Lucas 18:9-14). Tampoco se debe usar la oración para proveer un mero estímulo sicológico.

La oración verdadera es una bendición maravillosa con gran poder. Un cristiano orará fiel y diligentemente.

X LOS MEDIOS DE GRACIA

La fe es la mano que se ase de la dádiva del perdón, el cual Jesús ha preparado para el mundo entero. La fe es la confianza que recibe las promesas divinas del Evangelio. El capítulo siete de este libro ya explicó lo que la Escritura dice de la salvación por la fe.

Resta la pregunta: ¿Cómo recibe el hombre esta fe salvadora, que confía en las promesas divinas, que produce buenos frutos, y que se evidencia en una vida de oración?

La respuesta a esta pregunta se puede dar en dos aspectos, el negativo y el positivo. El hombre no recibe la fe por capacidad propia, sino a través del Espíritu Santo.

NO POR MI PROPIA RAZON O PODER

"Creo que, por mi propia razón o poder, no puedo creer en Jesucristo mi Señor, ni venir á El". Estas palabras introductorias a la explicación de Lutero al tercer artículo del Credo Apostólico están basadas en la Escritura. La palabra de Dios es la reacción del hombre natural hacia el Evangelio. San Pablo escribió a los Corintios: "Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden" (1a. Corintios 1:18). Más tarde dice: "Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente" (1a. Corintios 2:14). La reacción del hombre natural ante el Evangelio es negativa; lo llama locura. Para su razón natural el Evangelio carece de sentido. Actualmente muchos dicen que la predicación de la cruz no es relevante para el hombre moderno. No tiene sentido para él.

El hecho es que el hombre natural siempre ha considerado el mensaje del Evangelio como una locura. Verdaderamente, si dependiera de la propia "razón y fuerza" del hombre para obrar la fe en el Evangelio, no habría un solo creyente. Pero esto es sólo una respuesta a medias a la pregunta: ¿Cómo recibe el hombre la fe? Y ésta es solamente la parte negativa de la respuesta.

SINO POR EL ESPIRITU SANTO

Hay también una parte positiva. "Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo" (1a. Corintios 12:3). Esto contiene la aserción positiva de que el Espíritu Santo, y El solo, guía al hombre a decir que Jesús es el Señor. Los hombres confiadamente llaman a Dios Padre, cuando Dios envía al Espíritu de su Hijo en sus corazones (Gálatas 4:6). Lutero también lo declaró positivamente: "Sino que el Espíritu Santo me ha llamado por el Evangelio". Cuando un hombre cree en Cristo para su salvación, es porque el Espíritu Santo ha obrado la fe.

¿Cómo hace ésto el Espíritu Santo? Cualquiera que quisiera

ayudar a otros a venir a la fe, y quienquiera que desee encontrar la fortaleza para su propia fe, necesita conocer la respuesta.

La respuesta está dada en las Escrituras. El Espíritu Santo obra y fortalece la fe por medio del Evangelio. Lutero toma nota de ello en el tercer artículo: "Sino que el Espíritu Santo me ha llamado *por el Evangelio*". El Evangelio como tal viene en la Palabra y en los Sacramentos, y por esta razón son llamados los Medios de Gracia.

EL VEHICULO DEL ESPIRITU SANTO

Como Medio de Gracia, el Evangelio tiene un doble propósito. Por un lado el Evangelio sirve como vehículo por medio del cual el Espíritu Santo viene al corazón del hombre y le ofrece perdón y salvación. Cuando Jesús ordenó que el Evangelio fuera predicado a toda criatura (Marcos 16:15), El quería que el perdón asegurado por el derramamiento de su sangre, fuera ofrecido a los pecadores. El Cristo resucitado dijo a sus discípulos: "Y que se predicase en su nombre, el arrepentimiento y la remisión de los pecados" (Lucas 24:47). A través del Evangelio, los hombres sabrán de este perdón, y les será dicho que este perdón fué logrado para ellos.

El Evangelio, por otro lado, también sirve como el instrumento con el cual el Espíritu Santo efectúa el cambio salvador en el corazón, convirtiendo al pecador de un incrédulo a la fe. "Luego la fe es por el oír; y el oír por la palabra de Dios" (Romanos 10:17). San Juan también señala que el propósito de lo que escribió de Jesús era "para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre." (Juan 20:31).

Verdaderamente el Evangelio es "potencia de Dios para salud de todo aquel que cree" (Romanos 1:16). Este Evangelio alcanza al hombre por medio de la Palabra y los Sacramentos. En subsecuentes capítulos se discutirá cómo es verdad ésto de los Sacramentos. Al considerar la Palabra es necesario notar que solamente el Evangelio en la Palabra, en el sentido estricto es un Medio de Gracia. La Ley no puede producir fe. Quienquiera que escuche solamente la Ley predicada de la Escritura no puede venir a la fe por medio de ella.

"Por la ley es el conocimiento del pecado" (Romanos 3:20). Sin embargo, la Ley sirve como una preparación necesaria para el Evangelio. Ella revela al hombre su pecaminosidad. Ella anuncia al hombre la ira de Dios contra el pecado. Ella dice al hombre que "la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). Aunque ésta en sí no obra la fe ni la salvación, ella le revela al hombre que él es uno de los perdidos a quien Jesús vino a buscar y a salvar (Lucas 19:10), y que él mismo es uno de los que necesitan esta salvación.

El evangelio, sin embargo, tiene que ofrecer la gracia de Dios en Cristo y tiene que obrar la fe. Así el Evangelio en las Escrituras, cuando es predicado, leído, recordado y pensado, obra y fortalece la fe. En el sentido estricto esto es el Medio de Gracia.

CONSECUENCIAS PRACTICAS

El hecho, de que el Evangelio es el medio por el cual el Espíritu Santo ofrece la gracia divina y obra la fe, tiene sus consecuencias prácticas. Es importante para los cristianos permanecer en frecuente contacto con el Evangelio. Si el cristiano quiere que su fe sea preservada y fortalecida, acudirá una y otra vez al medio por el cual el Espíritu Santo obra, o sea al Evangelio. Si el cable es cortado a través del cual la electricidad es conducida a un foco, la luz se apagará. Así, si el cristiano se aleja a sí mismo de la fuente del poder espiritual, es decir del Espíritu Santo, y rompe con los medios por los cuales el Espíritu Santo opera, la luz de la fe se opacará y finalmente se extinguirá.

El uso fiel de los Medios de Gracia, es imperativo para los cristianos. El hecho de que el Evangelio, y no la Ley como tal, sea el Medio de Gracia, exige un reconocimiento cuidadoso de la función de cada uno de ellos. El hombre que reconoce estas funciones no esperará de la Ley para que opere o fortalezca la fe. No hará del Evangelio una segunda ley, ya que ello nulificaría su poder para obrar la fe. El uso correcto de la Ley y el Evangelio, según la función intentada por Dios, es esencial.

Una comprensión correcta de la función de los Medios de Gracia

es también importante para el trabajo misionero de la iglesia. El cristiano sabrá que el uso del Evangelio es muy importante para llevar las almas a Cristo. Y por lo tanto, con profunda preocupación, conducirá a la gente al conocimiento del Evangelio. Esto también será requerido del misionero que es enviado por la iglesia a otras partes del mundo. Igualmente será recordado por cada cristiano en su relación con los incrédulos en el ambiente cotidiano. El conocimiento de que el Evangelio en la Palabra y Sacramento es el Medio de Gracia añade urgencia y fuerza al mandato de Jesús.: "Predicad el Evangelio a toda criatura".

XI EL BAUTISMO

El Bautismo es el Sacramento por el cual los hombres son recibidos en la comunión de la Santa Iglesia Cristiana. Si algún rito en la iglesia es llamado Sacramento, tiene que ser instituído por Jesucristo. Esto lo hizo Jesús cuando dió el mandato de ir y hacer discípulos a todas las naciones, "bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mateo 28:19). Este mandato o institución de Cristo establece al Bautismo como un rito que es necesario para el cristiano.

El primer Pentecostés los discípulos predicaron y cumplieron este mandato de Jesús de bautizar. A la gente, cuyos corazones fueron "compungidos" por lo que habían oído, les fué dicho: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados" (Hechos 2:38). Tres mil almas fueron recibidas en la comunión de los creyentes en aquel día, a través del Bautismo. Esto es lo que Cristo había ordenado. Esto es lo que se cumplió. El Bautismo es una institución de Cristo.

APLICACION DEL AGUA

El Bautismo es un lavamiento. El lavamiento implica el uso del agua. Este es el elemento externo usado en este Sacramento. En la Iglesia Luterana el agua es rociada o derramada sobre la cabeza de la persona que está siendo bautizada. Algunas iglesias, especialmente las iglesias bautistas, insisten en que el Bautismo tiene que ser por inmersión. Según la Biblia, ¿cuál es el modo correcto de "lavar" en el Bautismo? Jesús simplemente usó la palabra "baptizein", una palabra griega que significa "lavar". Esta palabra no implica un modo o manera particular de aplicar el agua. En el Español la palabra "lavar" implica el uso del agua en cualquier manera, dejando al propio arbitrio el método de hacerlo. Este significado general de la palabra puede ser visto en el uso que se le da en Marcos 7:4, en donde el evangelista dice que los fariseos siguen sus muchas tradiciones, "como las lavaduras de los vasos de beber, y de los jarros, y de los vasos de metal y de los lechos". La palabra traducida "lavaduras" es la palabra griega "baptizein". El lavamiento (bautismo) de dichos utensilios difícilmente fué hecho en todos los casos por inmersión total. Evidentemente éste no es el significado de la palabra "bautizar". Por esta razón no se puede afirmar que sólo la inmersión hace un Bautismo verdadero. Tal afirmación es contraria a las palabras de Cristo en la institución del Sacramento. El modo de aplicar el agua no fué especificado.

EN EL NOMBRE DEL DIOS TRINO

Mientras que el modo de aplicar el agua no fué especificado, Jesús dijo claramente que el Bautismo debe ser efectuado en el nombre del Dios Trino, esto es esencial para un verdadero Bautismo porque Jesús mismo lo incluyó en la institución. El dijo: "Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo". Y este Dios Trino no es sino el único y verdadero Dios. El Bautismo en el nombre de otro dios, sería un Bautismo en el nombre de un ídolo. Y éste no sería un verdadero Bautismo.

Cuando un grupo religioso que niega la Trinidad administra el Bautismo, éste no puede ser el Bautismo instituído por Cristo. Esto ocurre en cuerpos religiosos como los Unitarios-Universalistas, los Testigos de Jehová, y los Mormones. Su negación de la Trinidad muestra que en su Bautismo ellos no están administrando el Sacramento instituído por Jesús. Las personas bautizadas por ellos no tienen un verdadero Bautismo.

LOS BENEFICIOS: PERDON DE LOS PECADOS Y SALVACION

La Escritura habla claramente respecto a los beneficios que el Bautismo confiere. Jesús dijo a Nicodemo que un hombre tiene que nacer de nuevo para entrar en el reino de Dios. ¿Cómo acontece este nuevo nacimiento? La respuesta de Jesús fué: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3:5). El Espíritu Santo obra este nuevo nacimiento por medio del agua empleada en el nombre del Dios Trino en el Sacramento del Bautismo. San Pablo en acuerdo a esto describe el Bautismo como "el lavacro de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo" (Tito 3:5). El Espíritu Santo efectúa esta regeneración por el lavamiento del Bautismo. A través del Bautismo el hombre recibe el perdón de los pecados. Pedro dijo a la multitud en el día de Pentecostés: "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para perdón de los pecados" (Hechos 2:38). En el tiempo de su conversión, Ananías mandó a San Pablo: "Levántate, y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre" (Hechos 22:16).

Resumiendo los beneficios que el Bautismo confiere, Jesús simplemente dice: "El que creyere y fuera bautizado será salvo". La salvación es la bendición conferida a través del Bautismo. Pedro expresa ésto cuando dice: "El Bautismo que ahora corresponde nos salva" (1a. Pedro 3:21). En todas estas referencias que hablan de los beneficios del Bautismo, debe notarse que la Escritura no dice que el Bautismo solamente semeja regeneración, o que sea meramente simbólico del perdón y de la salvación. Al contrario, la Biblia

describe el Bautismo como lo que obra regeneración, porque ello lava nuestros pecados y nos salva. El Espíritu Santo es dado a través del Bautismo, y El obra en el corazón. Por esta razón el Bautismo es correctamente llamado Medio de Gracia. Y no lo es sólo porque habla de la gracia de Dios, sino porque es un medio por el cual la gracia de Dios se hace efectiva en el hombre.

EL AGUA Y LA PALABRA

Pero ¿Cómo puede la aplicación de un elemento material como el agua efectuar todo ésto? Lutero también se hizo esta pregunta en su *Catecismo Menor*: "Cómo puede el agua hacer cosas tan grandes? "San Pablo dice que Jesús limpia su Iglesia "en el lavacro del agua por la palabra" (Efesios 5:26). El agua simple sólo puede limpiar el cuerpo. Pero en el Bautismo hay limpieza de pecado por la unión del agua con la Palabra, o sea con la Palabra de la promesa de Jesús. Lutero lo aclara bien al decir: "El agua, en verdad no hace cosas tan grandes, sino la Palabra de Dios, que está en la unión con el agua". Las promesas de Cristo en el Evangelio unidas al rito del Bautismo lo hacen verdaderamente un Medio de Gracia. ¿Son salvos todos los que son bautizados? Dios no obliga al hombre a aceptar sus bendiciones. El hombre que dice: "Yo no creo en Cristo; El no es el Salvador del pecador", éste no recibirá la bendición de la salvación, aunque sea bautizado. Los beneficios del Bautismo se reciben únicamente por fe. Por un lado Jesús dice: "El que creyere y fuere bautizado será salvo". La fe y el Bautismo siempre están unidos. Por el otro lado el mismo Jesús dice: "El que no creyere será condenado." La incredulidad condena al individuo sea o no bautizado. El Bautismo sin fe no salva.

EL BAUTISMO PROVEE CONTINUA BENDICION

Una persona es bautizada una sola vez. En ninguna parte de la Escritura hay un mandato u ordenanza de repetir el Bautismo, ni

siquiera hay alguna narración que ejemplifique una repetición. Cuando Pablo escribe: "O no sabéis que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte?" El habla de algo que pasó una sola vez, con ninguna intención de volver a repetirse. Sin embargo, cuando el Bautismo se ha recibido, éste provee bendiciones continuas. Pablo continúa diciendo: "Porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así tambien nosotros andemos en novedad de vida" (Romanos 6:4).

San Pablo escribe: "Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos" (Gálatas 3:27). A través del Bautismo una relación permanente ha sido establecida entre el cristiano y Cristo. El cristiano se viste de Cristo. Y mientras siga creyendo en Jesús, así también continúa en esta relación. El cristiano es un hijo de Dios por la fe en Cristo (v. 26). Día tras día el cristiano puede ver en su Bautismo un manantial de consuelo y seguridad que le asegura de que Jesús lo reclama como suyo. Diariamente el cristiano puede saber que el tiene perdón por Cristo, con quien él se ha vestido en el Santo Bautismo por fe. Diariamente recordará que debe vivir en novedad de vida que el Bautismo ha efectuado. Y lo que es más, el cristiano puede estar seguro de que Dios nunca renunciará al pacto establecido en el Bautismo, porque Dios es un Dios fiel. Esto debe mover al cristiano a apegarse a las preciosas promesas divinas como verdaderas y legítimas.

EL BAUTISMO DE LOS NIÑOS

Cuando Jesús instituyó el Bautismo, El ordenó que "todas las naciones" fueran bautizadas. "Todas las naciones" incluye hombres de todas las naciones y razas, de ambos sexos, y de todas las edades. No hay nada en la Escritura que indique que los niños no estén incluídos en este mandato. Aquellos que se oponen al Bautismo de los niños, como por ejemplo los bautistas, basan sus objeciones en la razón humana. La razón puede llegar a la conclusión de que los niños son todavía inocentes, y que no necesitan el perdón de los

pecados conferido en el Bautismo. La Escritura, sin embargo, dice que el hombre es concebido y nacido en pecado (Salmo 51:5), y por lo tanto necesita la gracia perdonadora de Dios tan pronto como su vida se inicia.

Por cuanto las facultades mentales del niño no están aún desarrolladas, la razón puede concluír que los niños no pueden creer. Sin embargo, Jesús mismo habló de aquellos pequeños "que creen en mí" (Mateo 18:6). Disgustado con sus discípulos por reñir a las madres cuando le traían a sus niños, Jesús dijo: "El que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él" (Marcos 10:15). Verdaderamente los niños creen; su fe es una fe ejemplar.

Si Dios ha invitado a todas las naciones a recibir las bendiciones del Bautismo, el hombre no debe aplicar restricciones que Dios no ha ordenado. Quienquiera que negare el Bautismo a los niños debe probar que Dios mismo lo ha negado. Esto Dios no lo ha hecho. Al contrario, Dios llama al Bautismo "el lavacro de regeneración y la renovación del Espíritu Santo" (Tito 3:5), y por ésto los padres pueden confiar que en el Bautismo también sus pequeños son renacidos por la fe en Cristo, su Salvador.

XII LA CENA DEL SEÑOR

La noche de su arresto, como Jesús cenaba la Pascua por última vez con sus discípulos, El instituyó el segundo de los Sacramentos del Nuevo Testamento, la Cena del Señor o la Santa Cena. Tomando el pan lo partió y lo bendijo, Y como lo repartía a sus discípulos dijo: "Tomad, comed, ésto es mi cuerpo, que por vosotros es dado". Tomando la copa de vino, la dió a beber a sus discípulos diciendo: "Bebed de ella todos; porque ésto es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos para remisión de los pecados". Respecto al pan y al vino El instruyó a sus discípulos: "Haced ésto en memoria de mí". Lo que El había hecho los discípulos debían repetir. El instituyó este rito de comer y beber como un Sacramento.

VERDADERO CUERPO Y VERDADERA SANGRE DE JESUS

Debe notarse que cuando Jesús dió a sus discípulos el pan a comer, les dijo que estaban recibiendo su cuerpo. Y cuando ellos bebieron de la copa, aseguróles que estaban bebiendo su sangre, la cual El había derramado por los pecados del hombre.

Cuando Jesús dijo ésto, fué una hora solemne. El estaba a punto de ser sacrificado como el Cordero Pascual para la salvación del hombre. En esta hora habló clara y sencillamente. Lo que El dijo, tiene que ser aceptado y creído. Lo que las palabras de Jesús proclaman es que los discípulos al comer del pan y al beber de la copa, al mismo tiempo estaban recibiendo el cuerpo y la sangre de Jesús.

Cuando Jesús entonces ordenó que hicieran ésto en su memoria, les aseguró que siempre que comieran del pan, y bebieran del vino en esta cena recordatoria, recibirían su cuerpo y su sangre. Usualmente esto se conoce como la doctrina de la *real presencia* en el Sacramento.

NO MERA REPRESENTACION

Por supuesto, la razón no puede comprender lo que pasa en la Cena del Señor. Consecuentemente el hombre ha tratado de explicar lo que Cristo dijo en formas que satisfagan su razonamiento. Generalmente las iglesias reformadas que tienen a Zwinglio y a Calvino como padres espirituales han intentado racionalizar este Sacramento. Las palabras de Cristo han sido explicadas de tal manera que quieran decir que el pan "representa" el cuerpo de Jesús, o que el pan simboliza su cuerpo. Lo que Jesús dice en el Sacramento ha sido comparado a una parábola. El engaño de todas estas explicaciones es que ellos no aceptan la Palabra de Cristo como verdadera. Todos ellos proceden de la suposición de que lo que no puede ser comprendido con la razón humana debe ser explicado en una forma que lo haga razonable y comprensible.

NINGUNA TRANSUBSTANCIACION

También el Catolicismo Romano intenta explicar lo que sucede en la Cena del Señor. Mientras que el pan y el vino retienen su apariencia, consistencia y sabor, ellos dicen que los elementos son cambiados en substancia en el cuerpo y sangre de Jesús. Esto es conocido con el nombre de transubstanciación, y ocurre cuando el sacerdote consagra los elementos. Mientras que ésto hace reconocer la real presencia del cuerpo y sangre de Jesús, la explicación va más allá de las palabras de la Escritura y ha encaminado a más enseñanzas falsas. Por cuanto que ellos creen que la hostia consagrada ha sido cambiada en el cuerpo de Cristo, la han hecho objeto de adoración. Ellos adoran la hostia en una forma especial en las procesiones de *Corpus Cristi*. Así que, el Catolicismo Romano también, aunque retenga la idea de un milagro, intenta "explicar" lo que pasa, y saca conclusiones lógicas que van contrarias a las Escrituras.

UNA UNION SACRAMENTAL

No puede ser entendido ni explicado, cómo el cuerpo y la sangre de Jesús son recibidos con el pan y el vino. La Escritura dice: "La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?" (1a. Corintios 10:16).

De alguna manera hay una unión entre el pan y el cuerpo, y entre el vino y la sangre. La Iglesia Luterana ha llamado ésta una unión sacramental, no para explicarla, sino para confesar que ésta es una unión que se encuentra únicamente en el Sacramento. En ninguna otra parte encontramos que el pan que se come involucra al mismo tiempo la recepción del cuerpo de Jesús. Esto ocurre solamente en la Cena del Señor, porque Jesús lo dijo. Cuando los Luteranos dicen que "en", "con", y "bajo" el pan reciben el verdadero cuerpo de Cristo, y que "en", "con", y "bajo" la copa, reciben la sangre de Jesús, ellos no intentan explicar de ninguna manera dicha unión.

Simplemente expresan el hecho de la unión sacramental. De que hay una unión sacramental, la Biblia lo enseña claramente. Una explicación exacta de su naturaleza no es dada en las Escrituras. Los cristianos simplemente creen lo que Jesús dice.

LOS CREYENTES RECIBEN LA SEGURIDAD DEL PERDON

Este comer y beber en la Cena del Señor es un Medio de Gracia debido a los beneficios que Dios ofrece a quien lo recibe. Jesús señala cuáles son los beneficios cuando habla del "cuerpo dado por tí", y dice de la sangre que ella es "derramada por muchos para la remisión de los pecados". Este Sacramento guía al cristiano a la muerte de Jesús, por los pecados del hombre. La muerte de Cristo por los pecados del hombre es proclamada a cada participante en la Santa Cena de una manera directa y personal, cuando recibe el cuerpo y la sangre de Jesús. El cristiano está asegurado que verdaderamente él tiene el perdón ante Dios.

Aquí también la fe es la mano que se ase a estos beneficios. Si un incrédulo se acerca al altar y recibe los elementos, él en verdad participa del cuerpo y de la sangre de Cristo. Pero ya que rechaza con su incredulidad el sacrificio de Jesús por sus pecados, se pierden los beneficios del Sacramento. El cristiano descubrirá que su fe es fortalecida a través de este Sacramento, y gozosamente aceptará la invitación de recibirlo frecuentemente.

La base que asegura el perdón en el Sacramento está en la muerte de Jesús. Por un solo sacrificio Jesús ganó el perdón para todos los hombres y para siempre. El Catolicismo Romano considera este Sacramento un sacrificio. En la misa, como hablan de ello, Jesús a través del sacerdote está ofreciéndose a sí mismo como un sacrificio incruento al Padre. El sacerdote, actuando por Jesús, tiene el poder de cambiar el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesús, y ésto es ofrecido al Padre por los pecados del hombre. Este Sacramento, en vez de ser algo que Dios da al hombre, de este modo es convertido en algo que el hombre ofrece a Dios. En el pensamiento de la Iglesia Católica Romana se puede aún ofrecer el Sacramento a Dios de

parte de los ya muertos que están sufriendo en el purgatorio. Dicha enseñanza de este Sacramento como un sacrificio es uno de los mayores errores del Catolicismo Romano.

Por fe el cristiano se adherirá al único sacrificio de Jesús en el Calvario y se regocijará en encontrar en la Cena del Señor que este sacrificio es verdaderamente por él.

INSTITUIDA PARA SUS DISCIPULOS

Cuando Jesús predicó, se dirigía a las grandes multitudes. El Evangelio debe ser predicado a todas las naciones. Cuando Jesús instituyó la Cena del Señor, lo hizo para el pequeño círculo de sus discípulos. La Cena del Señor no fué instituída para distribuírse a la humanidad en general, sino que fué dada como una seguridad a los creyentes en Jesús. Fué instituída para aquellos que conocían a Cristo por fe y habían sido bautizados. Los nuevos convertidos a la cristiandad fueron llevados al Bautismo y solamente después participaron de la Santa Cena.

Por cuanto la Cena del Señor debe ser observada "en memoria" de la muerte de Jesús, debemos asumir que aquellos quienes son recibidos a la Mesa del Señor han recibido instrucción en el Evangelio. Generalmente la Iglesia Luterana ha considerado la instrucción que precede a la confirmación como una preparación para recibir la Santa Comunión.

San Pablo amonesta a los comulgantes para que se examinen a sí mismos. "Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma de aquel pan, y beba de aquella copa" (1a. Corintios 11:28). La capacidad de examinarse a sí mismo implica un grado de comprensión y madurez. No se intenta dar este Sacramente a los niños ya que mentalmente no se han desarrollado más allá de lo que su temprana edad les permite. Tampoco se da a quienes están dormidos, inconscientes, o en un estado de coma. Los enfermos mentales y la pérdida de las funciones de la mente por vejez en ciertos casos pueden hacer la recepción de este Sacramento imposible.

LA COMUNION CONJUNTA EXPRESA UNIDAD DE FE

Aquellos que participan conjuntamente de la Santa Comunión confiesan por ello que son unidos en la fe. San Pablo escribió: "Porque un pan, es que muchos somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel un pan" (1a. Corintios 10:17). El error y la incredulidad destruyen esta unidad. Cuando la confesión de una persona revela que ha estado en el error, un cristiano no puede pretender que exista la unidad. Cuando un cristiano recibe la Cena del Señor junto con otro, está expresando su compañerismo religioso. Tal compañerismo puede ser expresado sólo donde la unidad es reconocida. Donde es evidente que aquellos quienes profesan el cristianismo no están de acuerdo en su fe, la comunión conjunta debe esperarse hasta que un acuerdo haya sido logrado.

La conducta ofensiva también rompe este compañerismo en la fe. Quienquiera que persista en el pecado sin el arrepentimiento se separa a sí mismo de Cristo y de su Iglesia, y no puede ser recibido a la Mesa del Señor. La razón no es su pecado, sino su falta de arrepentimiento. La dignidad de un comulgante no consiste en la santidad de su vida, sino en su arrepentimiento y fe en Cristo. Donde evidentemente la fe en Cristo y el arrepentimiento faltan, la comunión debe ser retenida para que el cristiano no "participe en pecados ajenos" (1a. Timoteo 5:22). Recibir a uno que no está arrepentido es aprobar su falta de arrepentimiento.

COMUNION INTIMA

Dado que la comunión conjunta es un acto de confesión, y que la Escritura ha establecido restricciones sobre quienes pueden recibir la Santa Comunión, la Iglesia Luterana practica la "comunión íntima". La "comunión íntima" quiere decir que se celebra entre quienes se arrepienten de sus pecados, creen en Jesucristo, y confiesan dicha unidad de fe. La congregación confía al pastor la administración de este Sacramento. Por ello el pastor animará e invitará a los pecadores penitentes a encontrar consuelo en este

Sacramento. También negará este Sacramento a aquellos que de acuerdo con la Escritura no deben recibirlo, aquellos quienes no expresan una unidad de fe por su confesión.

Para que el pastor pueda llevar a cabo responsablemente esta ordenanza, la Iglesia Luterana practica la costumbre de anunciarse antes de recibir la Santa Comunión. Aunque esta costumbre no haya sido ordenada en la Escritura, y aunque haya varias maneras prácticas de llevar a cabo esta registración, la Escritura exige una cuidadosa adminstración de este Sacramento.

XIII LA IGLESIA

La fe es algo muy personal. Siempre es el individuo el que llega a creer; ninguno más lo puede hacer por él. Es el individuo el que es convertido. Hechos 3:21 reporta que en el primer Pentecostés tres mil fueron añadidos a la comunión con los discípulos. Y de estas personas fué dicho; "Así que, los que recibieron su palabra, fueron bautizados: y fueron añadidos a ellos" (Hechos 2:41). Estos tres mil consistían de individuos de los cuales cada uno creyó y fué bautizado. Para cada uno ésto fué un asunto personal.

LA IGLESIA — LA CONGREGACION DE LOS CREYENTES

Sin embargo, estos tres mil "fueron añadidos a ellos". Dios los llevó a la comunión con los demás creyentes. El cristiano no está

solo. Por le fe él es llevado a la familia de Dios. San Pablo escribe: "Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús" (Gálatas 3:26). Solamente hay un Espíritu Santo quien lleva a los hombres a la fe. Solamente hay una fe la cual el Espíritu Santo obra en todos los cristianos. Todos ellos reciben el mismo Bautismo. Igualmente ellos están unidos en un solo cuerpo. San Pablo escribe a los Corintios: "Porque por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo, ora Judios o Griegos, ora siervos o libres; y todos hemos bebido de un mismo Espíritu" (1a. Corintios 12:13). Nacionalidad o color no tienen importancia. Los judíos y los gentiles están unidos por le fe en Cristo. El libre igual al esclavo, el hombre de baja así como el de alta posición, todos están unidos por la fe. Cualquiera que sea la distinción en este mundo, hombre o mujer, rico o pobre, luterano o metodista o católico, todos los que creen verdaderamente en Jesucristo como su Salvador del pecado, están unidos por Dios y Su familia, en un solo cuerpo.

Las Escrituras describen esta familia de diferentes modos. Es llamada el templo de Dios (1a. Corintios 3:16), como también el cuerpo de Cristo (Efesios 1:23; 4:12). Pedro se refiere a ella como el "linaje escogido" de Dios, y un "real sacerdocio, gente santa, pueblo adquirido" (1a. Pedro 2:9). Comunmente es llamada la "Iglesia".

La expresión traducida por la palabra castellana "iglesia" en ambos idiomas, el griego y el latín, es "ecclesía". Literalmente "ecclesía" significa "una asamblea de ciudadanos reunidos por un heraldo". La Escritura usa esta palabra para hablar de los que están reunidos por la fe en Cristo Jesús. Jesús fué hecho la "cabeza sobre todas las cosas a la iglesia" (Efesios 1:22). Jesús prometió: "Edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mateo 16:18).

Jesús reune bajo sí mismo a todos los que han sido llamados del gran número de la humanidad incrédula, y han sido llevados a la fe salvadora. Esta asamblea o congregación de verdaderos creyentes es llamada la Iglesia.

LA IGLESIA — INVISIBLE

Solamente los verdaderos creyentes están congregados por Cristo en su Iglesia. Por la fe en Cristo Jesús el individuo es hecho un hijo de Dios, y un miembro de Su familia. Ningún incrédulo, aunque se llame cristiano, y esté en compañía de cristianos, es parte de la Iglesia bajo Jesucristo. Por otra parte, no hay ni un verdadero creyente que no ha sido hecho parte de la Iglesia por Cristo.

Esto significa que solamente alguien que mira dentro del corazón del hombre y ve la fe que está presente, puede realmente saber quien es miembro de la Iglesia. Esto, el hombre no lo puede hacer. El hombre solo puede ver "lo que está delante de sus ojos, más Jehová mira el corazón" (1o. Samuel 16:7).

Las apariencias externas pueden engañar, pero El que mira dentro del corazón no puede ser engañado. Por lo tanto sólo el Señor "conoce a los que son suyos" (2a. Timoteo 2:19).

Por consiguiente la Santa Iglesia Cristiana no puede ser identificada con algún grupo u organización externa. La Iglesia por lo tanto ha sido llamada invisible. Ningún ser humano es capaz de saber con exactitud quién es parte de la Iglesia y quién no lo es. Sus límites no pueden ser establecidos por el hombre. Pero eso no significa que la Iglesia es imaginaria, Tiene una existencia verdadera en este mundo. Hay un grupo actual de individuos, cada uno realmente miembro de ella. Mas solamente Dios sabe quiénes son estas personas.

LA PRESENCIA DE LA IGLESIA PUEDE SER RECONOCIDA

Si la Iglesia es invisible, ¿no será imposible, o por lo menos difícil de encontrarla en este mundo? ¡De ninguna manera! Aunque sea invisible en el sentido mencionado antes, su presencia puede ser reconocida con facilidad. Hay señas o marcas por las cuales su presencia puede ser discernida.

¿Dónde se encontrarán los creyentes de la Iglesia? Ellos se encontrarán dondequiera que se hallen los medios que producen la

fe, y estos medios son el Evangelio en la Palabra y los Sacramentos. Pedro escribe: "Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios, que vive y permanece para siempre" (1a. Pedro 1:23). En la epístola a Tito el Bautismo es designado "el lavacro de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo" (Tito 3:5). Por consiguiente, dondequiera que se use la Palabra de Dios, y dondequiera que el poder regenerador del Bautismo sea aplicado, allí se puede contar con la presencia de creyentes, o sea con la Iglesia. Dios nos asegura de la Palabra regeneradora: "No volverá a mi vacía, antes hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié" (Isaías 55:11).

Además, Dios ha dado a la Iglesia la responsabilidad de proclamar el Evangelio (Mateo 28:19). En todo lugar donde se encuentran cristianos cuyos corazones han sido captados por el Evangelio, allí ellos tendrán que llevar a cabo esta responsabilid. Ellos dirán, al igual que los discípulos: "Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oido (Hechos 4:20). Los cristianos administrarán los Sacramentos según el claro mandato del Señor: "Haced esto". Donde la Palabra y los Sacramentos están en uso, se puede asumir correctamente que se hallan presentes personas a las cuales Dios ha confiado el uso de estos medios.

Aunque la Iglesia quede invisible en el sentido de que los miembros exactos son conocidos solamente por Dios, los Medios de Gracia son las señas por las cuales la presencia de los creyentes es revelada. Estos medios son llamados propiamente las marcas de la Iglesia.

IGLESIAS VISIBLES

Dios también junta a los cristianos en congregaciones o asambleas visibles. Cuando tal congregación confiesa ser de Cristo, y emplea los Medios de Gracia, es llamada una iglesia por la presencia de los verdaderos creyentes. San Pablo escribió "a la iglesia de Dios que está en Corinto". El podía llamarla una iglesia porque escribía a los "santificados en Cristo Jesús, llamados santos, y a todos los que

invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo en cualquier lugar" (1a. Corintios 1:2). Posiblemente hipócritas se habían asociado a la asamblea externa en Corinto, pero por la presencia de los verdaderos creyentes Pablo pudo llamar a esta reunión una iglesia.

Dios tiene un propósito para reunir a los cristianos en grandes o pequeños grupos. Es significativo lo que dice la carta a los Hebreos 10:24, 25: "Y considerémonos los unos a los otros para provocarnos al amor y a las buenas obras; no dejando nuestra congregación, como algunos tienen por costumbre más exhortándonos". Los cristianos se necesitan los unos a los otros. Deben animarse, fortalecerse, y consolarse unos a otros. Y además tienen una tarea importante que ninguno de ellos puede hacer solo. Su deber es el de predicar el Evangelio no solo entre ellos mismos, sino por el mundo entero.

La agrupación más común de cristianos es la congregación local. En ella los cristianos se reunen para oír la Palabra, y para recibir los Sacramentos, y llevar a cabo sus responsabilidades cristianas. Se nota entonces la importancia de la membresía en la congregación local.

Los cristianos también se reunen en agrupaciones más grandes designadas cuerpos eclesiásticos o sínodos. Hay ciertas responsabilidades que la congregación local no puede llevar a cabo adecuadamente por sí sola. Eso incluye el adiestramiento de pastores, profesores, y misioneros, y abarca programas de misiones internas y externas, publicaciones de revistas y libros de índole religioso, y el fortalecimiento mutuo en la doctrina sana. Ninguna congregación por sí sola puede desempeñar esta obra.

Otras agrupaciones podrían ser formadas para mantener escuelas luteranas de enseñanza superior, para sostener el ministerio institucional, y ayudar en las obras e instituciones de caridad. En todas estas agrupaciones los cristianos están unidos por el interés común de adelantar sus responsabilidades totales como los hijos de Dios en Cristo Jesús. Todas son funciones de la iglesia, que surgen según la necesidad y el dictámen divino.

UNIDAD DE LA IGLESIA

Aunque haya muchos grupos que son llamados iglesias por que los Medios de Gracia los designan como tales, todos los creyentes en estas iglesias están unidos en el nombre de Cristo en una Santa Iglesia Cristiana. No siempre da esta apariencia en este mundo. Sin embargo, el apóstol dice a los Efesios que hay "un cuerpo, y un Espíritu: como sois también llamados a una misma esperanza de vuestra vocación: Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todas las cosas, y por todas las cosas, y en todos vosotros" (Efesios 4:4-6). Los cristianos son exhortados "a guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (v. 3).

Siendo ésta la unidad del Espíritu, ella no puede ser reconocida si no se evidencia de alguna manera externa. Dios puede mirar dentro del corazón del hombre y ver la unidad del Espíritu que está presente. Los cristianos solamente pueden discernir esta unidad cuando es evidente externamente por la confesión del creyente. Por medio de esta confesión el cristiano en palabras y obras da expresión de su fe, y de la esperanza que está en su corazón. El confiesa su fe al decir lo que cree, y cuando sus acciones revelan lo que mora en su corazón. Una congregación o un cuerpo eclesiástico hace confesión de su fe por las doctrinas que predica y defiende, y en las prácticas que se llevan a cabo dentro de ellos. El individuo cristiano por su membresía en una congregación o un sínodo se une a la confesión de aquel grupo.

El individuo, una congregación, o un cuerpo eclesiástico debe confesar la verdad según la revelación de las Sagradas Escrituras. Una iglesia que tiene tal confesión verdadera, es una iglesia verdadera y ortodoxa. Si la confesión de una iglesia revela la presencia del error, tal iglesia es falsa, o heterodoxa.

El Evangelio, aún en medio del error, sigue estando presente y efectivo. Por esta razón se puede decir que aún en iglesias falsas hay cristianos. En el Israel apóstata durante el tiempo de Elías, Dios todavía siguió preservando siete mil que no se habían arrodillado ante Baal (Véase 1o. de Reyes 19:8). No obstante, el error que es confesado y enseñado, es un constante peligro para la fe. Por la

presencia del error tales iglesias son llamadas heterodoxas.

LA UNIDAD EXPRESADA EN EL COMPAÑERISMO

Cuando sus confesiones revelan que la unidad de la fe existe, los cristianos la reconocerán al dar expresión de su compañerismo en Cristo. Cuando Santiago, Pedro y Juan reconocieron que Pablo y Bernabé proclamaban el Evangelio verdadero a los gentiles, ellos les extendieron "las diestras de compañía" (Gálatas 2:9), y así dieron a conocer su mutua unidad. Según la ocasión, los cristianos expresarán este compañerismo a través de los cultos comunes y obras de la iglesia. Un ejemplo de ésto es la común participación a la Mesa del Señor, el establecimiento del común ministerio, el intercambio de púlpito por los pastores y la unión en las oraciones y la obra misionera. Sin embargo, solamente donde las confesiones han revelado la verdadera unidad, allí Dios aprueba tales manifestaciones del compañerismo.

LA FALTA DE UNIDAD CONFESIONAL DIVIDE

Donde las confesiones revelan que la unidad no existe, las expresiones del compañerismo están en contra de la Palabra de Dios. San Pablo advierte a su discípulo Timoteo: "Si alguno enseña otra cosa, y no asiente a sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad; es hinchado, nada sabe". Pablo termina con su mandato: "Apártate de los tales" (1a. Timoteo 6:3-5). Jesús advirtió: "Y guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces" (Mateo 7:15). San Pablo mandó a los Romanos: "Miréis los que causan disensiones y escándalos contra la doctrina que vosotros habéis aprendido; y apartaos de ellos" (Romanos 16:17). Repetidamente las Escrituras advierten contra las perversiones de la verdad. El ignorar estas advertencias es poner en peligro la fe. Aunque ningún cristiano tenga perfecto conocimiento de la

revelación de Dios, y aunque cada cristiano pueda errar y necesite crecer en la fe y la comprensión, el practicar el compañerismo con aquellos que persisten en el error, es ecumenismo pecaminoso.

Aún en medio de las divisiones que las enseñanzas falsas han ocasionado en este mundo, el cristiano reconoce que está unido con todos los cristianos de todas partes a través de la única fe. Esta unidad es visible solamente a Dios. Con gozo él anhela el día en el cual esta unidad será evidente en la gloria celestial.

XIV EL MINISTERIO

La Iglesia existe en este mundo para un fin. Tiene una obra que hacer. Jesús, la Cabeza de la Iglesia, quiere que su Evangelio sea predicado a toda criatura (San Marcos 16:15; San Mateo 28:18-20). ¿Quién lo debe hacer? ¿A quién le encomendó Dios la predicación de su Evangelio? Cuando Jesús les dió a sus discípulos este mandato, no lo limitó a esos doce hombres, ni a aquellos que igual a los discípulos, eran clérigos entrenados. Como cristianos, que habían recibido el Evangelio en sus corazones, ellos fueron comisionados para llevar el Evangelio a los hombres en todas partes. La Iglesia, es decir, el cuerpo entero de cristianos, fué encomendado con esta obra.

EL SACERDOCIO UNIVERSAL

Al hablarles a sus discípulos, Jesús a la vez dió un mandato general a toda la cristiandad. Esto se evidencia en lo que San Pedro escribe. "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, gente

santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable" (1a. Pedro 2:9) ¿Pero a quiénes se dirige Pedro? Son los "extranjeros esparcidos en Ponto, en Galacia", etc., los cuales han sido santificados por "ser rociados con la sangre de Jesucristo" (1a. Pedro 1:12). A estos mismos Pedro también dice: "Vosotros también como piedras vivas, sed edificados una casa espiritual, y un sacerdocio santo" (1a. Pedro 2:5). Este pasaje se refiere a todos los creyentes. Ellos constituyen un sacerdocio santo y real. Cada cristiano es sacerdote de Dios, llamado por Cristo para anunciar sus alabanzas. Esto se llama generalmente el sacerdocio universal de todos los creyentes. El sacerdocio universal tiene consecuencias prácticas para cada cristiano. Cada cristiano ha recibido el Evangelio para que él pueda ser el medio por el cual el Evangelio es entregado a otros. En una circular, si cada lector entrega a otros una copia de ella, muy pronto se aumenta el número de lectores. Así también el Evangelio, que ha sido recibido, ha de ser entregado al próximo, y así pronto se multiplica también el número de destinatarios. Esto ocurrió cuando los cristianos de Jerusalén en el tiempo del martirio de Esteban fueron perseguidos y "fueron esparcidos" e "iban por todas partes anunciando la palabra" (Hechos 8:4). Pero hay que saber que cuando el cristiano falla en entragarles a otros el Evangelio, la cadena del testimonio del Evangelio se rompe. En el sacerdocio universal entonces cada cristiano es alistado como testigo activo del Evangelio.

EL MINISTERIO PUBLICO

Dios quiere que cada cristiano funcione en el sacerdocio universal. Pero además, El ha establecido la práctica de designar a unos cristianos para administrar en el nombre de los demás cristianos los Medios de Gracia. Esto se llama el ministerio público. Un ministro público del Evangelio, predica la Palabra y administra los Sacramentos no únicamente por sí solo, sino lo hace como el siervo de los demás. El grupo de cristianos le pide que lo haga en el nombre

de ellos y para su beneficio. En este sentido su ministerio es el ministerio público. Esto es necesario para que haya el buen orden en la iglesia donde los cristianos están reunidos. Si cada cristiano comenzara a ejercer su responsabilidad de predicar el Evangelio, habría confusión. Dios desea que todo se haga "decentemente y con orden" (1a. Corintios 14:14). Por esta razón tal grupo de cristianos designa a alguien que debe predicar el Evangelio en el nombre de los demás.

EL LLAMAMIENTO

Los cristianos nombran al que debe servir en el ministerio público por medio de un llamamiento. Ya que en el ministerio público un solo cristiano representa a los otros cristianos de la iglesia, ejecutando los deberes que tienen todos en común, El debe ser llamado por estos cristianos para representarlos en esta función. Para demostrar eso San Pablo, hace la pregunta: "¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?" (Romanos 10:15). Sería presuntuoso funcionar en el ministerio público sin un llamamiento.

Aunque los profetas y los apóstoles de un modo u otro recibieron sus llamamientos directamente de Dios (Véase Isaías 6:8; Jeremías 1:4-10; Mateo 10:1; Gálatas 1:1), a Dios también le agrada extender el llamamiento por medio de los hombres, es decir, por medio de cristianos a los cuales El ha encomendado el Evangelio. En sus jornadas misioneras San Pablo hizo arreglos para que fuesen llamados ancianos y obispos (pastores) en las varias iglesias. San Lucas escribe de Pablo y Bernabé: "Y habiéndoles constituido ancianos en cada una de las iglesias, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en el cual habían creído" (Hechos 14:23). San Pablo escribe a Tito recordándole que él le dejó en Creta para que "pusieses ancianos por las villas" (Tito 1:5). Sin embargo, aunque hombres participaron en llamar a estos ancianos y obispos, de hecho fueron llamados por Dios. Pablo exhorta a los ancianos de Efeso: "Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos" (Hechos 20:28). Aunque

los hombres habían sido intrumentos en establecerlos en su oficio, los ancianos fueron asegurados que el Espíritu Santo los había hecho ministros. Por lo tanto se dice que los ministros públicos de la Palabra tienen un llamamiento divino.

REQUISITOS PARA EL MINISTERIO PUBLICO

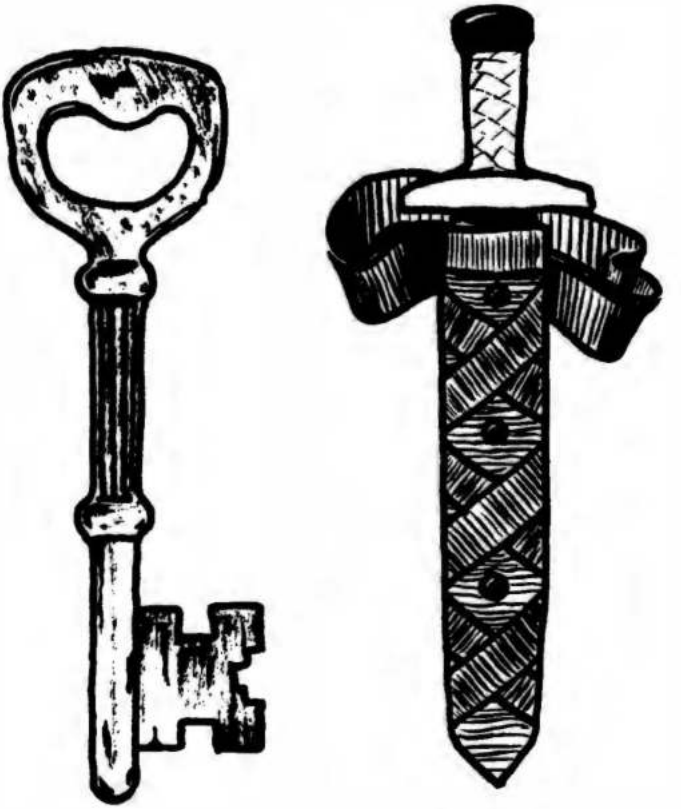
Todos los cristianos, por la fe en Jesucristo como su Salvador, son llamados a ser sacerdotes y reyes. Sin embargo se requieren requisitos especiales de los que serán llamados por y para el ministerio público. La congregación tomará en cuenta ésto al llamar a un pastor o a un maestro. También debe recordarse ésto al escoger los que servirán como oficiales de la iglesia o como maestros de la escuela dominical.

Especialmente en 1a. de Timoteo, capítulo tres, y en Tito, capítulo uno, la Escritura enumera los requisitos de obispos, ancianos y diáconos (nombres utilizados en las Escrituras por ministros del Evangelio). Los que sirven a la iglesia y a Cristo en el ministerio público deben llevar vidas ejemplares. Las Escrituras registran muchos detalles en cuanto a ésto. Además, ya que su trabajo consiste en enseñar y predicar, cada uno ha de ser "apto para enseñar" (1a. Timoteo 3:2). Un "obispo" debe ser "retenedor fiel de la palabra que es conforme a la doctrina: para que también pueda exhortar con sana doctrina y convencer a los que contradijeren" (Tito 1:9). La iglesia ha de interesarse en el entrenamiento de hombres que sepan y puedan enseñar las doctrinas verdaderas de las Escrituras. San Pablo escribió a Timoteo: "Lo que has oído de mí entre muchos testigos, esto encarga a los hombres fieles que serán idóneos para enseñar también a otros" (2a. Timoteo 2:2). Al fín, los ministros de Cristo son "dispensadores de los misterios de Dios", y de ellos se requiere especialmente "que cada uno sea hallado fiel". (1a. Corintios 4:1, 2). La iglesia ha de tener mucho cuidado en escoger a los que son llamados al ministerio público.

LA FORMA Y EL ALCANCE DEL MINISTERIO

El grupo de cristianos que extiende el llamamiento, en libertad cristiana designa el lugar, la forma y el alcance del servicio que debe ser prestado. San Pablo fué llamado para servir como misionero especialmente a los gentiles. Su campo fué extenso. Los ancianos de Efeso fueron hechos administradores del rebaño de esa ciudad. San Pablo fué llamado como apóstol. Otros fueron llamados como profetas, evangelistas, pastores y maestros. (Efesios 4:11). Sin embargo, San Pablo se dió cuenta de que su ministerio tenía límites. El fué llamado especialmente "para predicar el Evangelio", pero sin ningún llamamiento especial para bautizar. (1a. Corintios 1:17).

Igualmente la iglesia hoy en día llamará a alguien a servir una congregación en cierto lugar, o tal vez llamará a un misionero sin un campo fijo. El llamamiento indicará dónde debe servir, y la forma de su ministerio. La forma más común es la del pastor de una congregación. Pero la iglesia puede llamar también a los que sirvan como maestros, profesores de instituciones, misioneros en otros países, o siervos de la iglesia en un oficio especial como presidente, secretario ejecutivo de algún concilio. El alcance del servicio al cual el pastor es llamado es extenso. En cambio, el servicio de un profesor o maestro u otros oficiales es más limitado. En cada caso ésto debe ser indicado en el llamamiento. El grupo de cristianos que actúa en el nombre del Señor Jesús al llamar a ministros, llevará a cabo esta responsabilidad con el temor de Dios. La persona a quien se manda el llamamiento, en oración tratará de cumplir el mandato de Dios.



XV LA IGLESIA Y EL GOBIERNO

Dios ha puesto al cristiano en el mundo a vivir como parte de la sociedad humana. Al cristiano no se la ha ordenado alejarse del mundo ni tampoco evitar al resto de la humanidad. Ningún individuo es una isla alejada del continente de la sociedad humana. Cada vida humana se relaciona con otras vidas humanas en muchos aspectos.

ORDENANZAS DE DIOS

Para que los hombres puedan vivir juntos en este mundo en armonía, Dios ha establecido los gobiernos. Las Escrituras exponen en términos claros que la autoridad gubernamental es una ordenanza divina. "No hay potestad sino de Dios; y las que son, de Dios son ordenadas" (Romanos 13:1). En el siguiente versículo está "potestad" se llama también "ordenación de Dios". Esta no se refiere a una forma específica de gobierno. Fué una ordenación de Dios el gobierno imperial que regía Roma, donde vivían los destinatarios de la carta de San Pablo. Fué igualmente así en cuanto a la autoridad que el gobernador romano ejercía en Palestina. Jesús dijo a Pilato: "Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dado de arriba" (Juan 19:11). La potestad que tenía Pilato era dada por Dios. También en nuestros días se aplica esta verdad en cuanto a aquellos que tienen autoridad gubernamental a través de la elección de sus conciudadanos. "No hay potestad sino de Dios". El cristiano, reconociendo que el gobierno que le rige lo hace por ordenanza divina, por razones la conciencia lo obedecerá. Pedro dice a sus lectores cristianos: "Sed pues sujetos a toda ordenación humana por respeto a Dios, ya sea al rey, como á superior, ya a los gobernadores, como por él enviados" (1a. Pedro 2:13, 14). Al decir: "Cristianos, sed sujetos al gobierno por causa del Señor", él lo hace un asunto de la conciencia del cristiano. El cristiano no puede decir: "Estas son ordenanzas humanas y por lo tanto no necesito someterme a ellas". Aunque hombres hayan establecido estas ordenanzas, el cristiano reconocerá que su autoridad viene de Dios y se someterá por causa del Señor.

Esta obediencia es de largo alcance. Se extiende aún al gobierno que no es al agrado del cristiano. Nerón, el pagano, que más tarde persiguió a los cristianos, era emperador cuando Pablo escribió a los romanos. Aún a él los cristianos de aquel entonces habían de sujetarse. Unicamente cuando la obediencia a las "potestades que son" esté en conflicto con la obediencia a la Palabra de Dios, el cristiano está exento de esa obligación. Entonces dirá con Pedro y los apóstoles: "Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5:29).

LA EXTENSION DE LAS FUNCIONES GUBERNAMENTALES

Al establecer la autoridad gubernamental, Dios le asignó también sus funciones específicas. Estas tocan a la vida del hombre en este mundo en relación con los demás hombres. El gobierno es responsable de castigar las obras malas, la maldad, y el crimen. Pablo escribe: "Porque los magistrados no son para temor al que bien hace sino al malo — pues (la potestad) es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo" (Romanos 13:3, 4). Pedro dice que el gobernador es enviado "para venganza de los malhechores" (1a. Pedro 2:14). Es resposabilidad del gobierno, aprehender, juzgar, y castigar a todos aquellos involucrados en actos criminales.

Por otro lado, el gobierno fomentará la justicia cívica. "Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es ministro de Dios para tu bien" (Romanos 13:3, 4).

Igualmente Pedro expresa este pensamiento en su primera epístola en el capítulo dos. El gobierno fomentará la conducta entre los ciudadanos que esté de acuerdo con normas aceptables.

El gobierno tiene la función de cobrar impuestos y controlar los asuntos económicos. Se espera de los cristianos que paguen "a todos lo que debéis; al que tributo, tributo; al que pecho (impuesto), pecho (impuesto)" (Romanos 13:7). Jesús reconoció el dinero con la imagen del César como cambio legal y les mandó a los judíos: "Pagad pues, a César lo que es de César" (Mateo 22:21).

Por último es también función del gobierno mantener la paz civil; promover relaciones pacíficas entre los ciudadanos, y de proteger a sus ciudadanos de todo que ponga en peligro a sus vidas pacíficas. Un cristiano orará por su gobierno "para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad" (1a. Timoteo 2:2).

LA ESPADA

Dios ha dado al gobierno los medios adecuados para desempeñar sus funciones. San Pablo dice que quienquiera que funcione en el gobierno como "ministro de Dios", "no en vano lleva el cuchillo"

(Romanos 13:4).

La palabra "cuchillo" o "espada" se refiere al poder y la autoridad, que se extienden aún sobre la vida y la muerte. Este incluye el poder de formular las leyes, de tener cortes, y el poder judicial para aplicar la ley a los desobedientes, con el derecho de juzgar para absolver o condenar según la leyes establecidas. Esto se extiende aún para que sea "vengador para castigo al que hace lo malo" (Romanos 13:4). La espada no es dada a la autoridad gubernamental "en vano" sino es para ser usada, para castigar aún hasta la muerte si el gobierno así lo determina. Al fin es para ser aplicada en la guerra, para la protección de sus ciudadanos si tal sea la necesidad.

DE ACUERDO CON LA LUZ DE LA RAZON

La autoridad gubernamental usará los medios que le han sido otorgados por Dios, de acuerdo con la luz de la razón. Esto incluye el sentido innato de la justicia, de lo que es moralmente correcto o incorrecto. Las Escrituras dicen del hombre que "mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonios juntamente sus conciencias, y acusándose y también excusándose sus pensamientos" (Romanos 2:15). La razón del hombre aún puede saber y conocer algo de Dios. "Porque lo que de Dios se conoce, a ellos es manifiesto: porque Dios se lo manifestó; porque las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad se echan de ver desde la creación del mundo" (Romanos 1:19,20). En la formulación de las leyes el gobierno ha de usar esta luz de la razón, decretando las leyes que parezcan más justas, correctas y razonables. Al fomentar la justicia civil, el gobierno apela a la razón y a la conciencia con su ley inscrita.

A los que se ha encomendado el uso de la espada, éstos la aplicarán de acuerdo con lo que parezca más razonable. Cuánto más falle la razón humana, y cuánto más la ley inscrita se oscurezca y la conciencia se ponga confusa, tanto menos efectivo será el gobierno.

LAS FUNCIONES DE LA IGLESIA

Las funciones asignadas por Dios a su iglesia son muy distintas. Su interés se centra en la vida interior y espiritual del hombre. Su responsabilidad principal es llevar a los hombres al discipulado de Cristo, "bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mateo 28:19, 20). La iglesia predicará a Cristo y a Este crucificado como el único camino para la salvación eterna. Promoverá a través de la predicación de la Palabra de Dios, un camino de vida que corresponde a la voluntad divina. Los medios que le han sido dados para el desempeño de estas funciones ya fueron mencionados. La Palabra de Dios, las Sagradas Escrituras, los Medios de Gracia, el Evangelio en la Palabra y los Sacramentos, éstos son los medios por los cuales la iglesia ha de llevar a cabo su tarea espiritual con su significancia eterna. El mandato para la iglesia y sus ministros es el mismo que Pablo dió a Timoteo: "Que predique la palabra; que inste a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina" (2a. Timoteo 4:2).

NINGUNA CONFUSION EN CUANTO A LAS RESPONSABILIDADES O LOS MEDIOS

Estas dos instituciones de Dios, el gobierno y la iglesia pueden trabajar sin conflicto en el mundo, cuando cada uno lleve a cabo su respectiva tarea con los respectivos medios dados por Dios. La iglesia y el estado existen juntos en el mundo. Las mismas personas estarán activas en ambas instituciones. Algunas veces aún pueden ser llamadas para participar en un mismo esfuerzo. No debe haber, sin embargo, ninguna confusión en cuanto a las responsabilidades y medios de llevarlas a cabo. El gobierno no presumirá llegar a ser un mensajero del Evangelio, para dirigir a los hombres a la vida eterna a través de Cristo. Ni interferirá, mientras que la iglesia lleve a cabo su tarea salvadora de predicar a Cristo. En cambio, la iglesia no

presumirá guiar e influenciar al estado en la elaboración y ejecución de leyes civiles, en la declaración de guerra o en la preservación de la paz. Cada uno debe permanecer dentro de su esfera asignada.

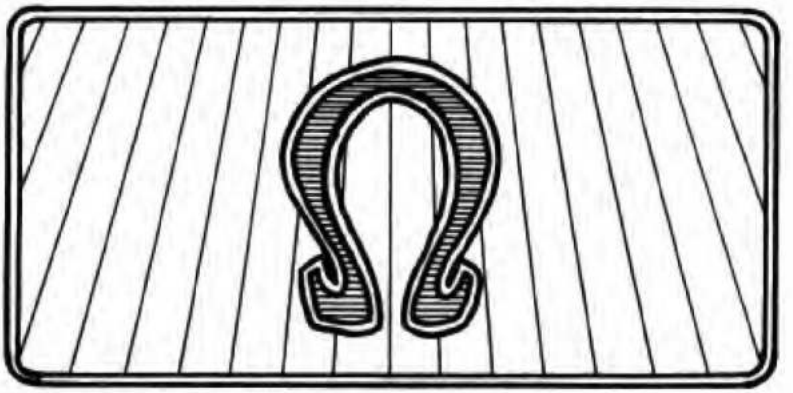
En adición, cada una debe desempeñar sus responsabilidades con los medios dados por Dios. El gobierno debe usar la "espada" conforme a la luz de la razón. No intentará gobernar por medio del Evangelio. En cambio, la iglesia debe usar la Palabra de Dios y no intentará lograr sus fines empleando el poder civil.

EL CIUDADANO CRISTIANO

El ciudadano cristiano se encuentra envuelto en ambas instituciones de Dios. El es un miembro de la iglesia de Cristo, y es un ciudadano de su respectivo estado o país. Tiene responsabilidades, tanto en la iglesia, como en el estado. Estas responsabilidades no se confundirán mientras que el cristiano, la iglesia y el estado se acuerden de sus tareas asignadas y los medios para cumplirlas.

El cristiano no esperará que su iglesia corrija las deficiencias del gobierno. Tampoco buscará la ayuda del gobierno para desempeñar las funciones que Dios ha asignado a la iglesia. Sin embargo como un cristiano fiel, recordará en sus oraciones a su gobierno y a aquellos que han sido investidos con autoridad (Véase 1a. Timoteo 2:1-2). El cristiano usará su influencia como ciudadano para persuadir al gobierno a aprobar leyes justas y buenas. Conscientemente hará todo lo que se espera de ciudadanos leales "por causa del Señor". El hecho de ser un cristiano, le hará un buen ciudadano.

De esta forma el estado se beneficiará por la presencia de la iglesia en su medio. Mientras la iglesia prepare cristianos fieles, el estado también obtendrá provecho por el temor y el amor hacia Dios que los ciudadanos cristianos manifestarán a sus gobiernos.



XVI EL FIN DE TODAS LAS COSAS Y LA ETERNIDAD

El mundo y todo lo que en él hay tiene principio y fin. La vida del hombre empieza con el nacimiento y la muerte la termina. El mundo llegó a existir por la creación divina, y cuando Jesús vuelva el último día para el juicio final, entonces terminará el mundo. Pero no todo termina con la muerte ni con el último día en el sentido de que nada exista después. No hay una aniquilación total. Después de la muerte y del juicio viene la eternidad.

LA MUERTE ES LA SEPARACION DEL CUERPO Y DEL ALMA.

Ya que los órganos humanos, incluyendo el corazón, han sido usados en operaciones y trasplantes, hay mucha preocupación por parte de la ciencia biológica en determinar exactamente qué es la muerte. ¿Cuándo está muerto el hombre? ¿Ocurre la muerte cuando deja de respirar? ¿Ocurre cuando el corazón deja de palpitar, o

cuando el cerebro deja de funcionar? Sin intentar contestar estas preguntas biológicas, las Escrituras reconocen que la muerte ocurre en el momento en que el alma, o el espíritu, salga del cuerpo. Al necio rico dijo Dios: "Necio, esta noche vuelven a pedir tu alma" (Lucas 12:20). En otras palabras, aquella noche él iba a morir. Jesús, al morir, "dió el espíritu" (Mateo 27:50). Al cambio, cuando Jesús levantó a la hija de Jairo de entre los muertos, las Escrituras dicen: "Entonces su espíritu volvió" (Lucas 8:55). La separación del cuerpo y del alma se describe en Ecclesiastés: "Y el polvo se torne a la tierra, como era, y el espíritu se vuelva a Dios que lo dió" (12:7). El cuerpo del hombre está compuesto de la misma materia que el mundo creado. Pero el alma del hombre no es materia, sino espíritu. La muerte, según las Escrituras, es la separación del alma del hombre de su cuerpo.

LA MUERTE TERMINA EL TIEMPO DE GRACIA

La muerte es el fin de la vida del hombre en la tierra. Así la muerte es también el fin del tiempo de gracia del hombre. Dios concede al hombre en la tierra tiempo para arrepentirse del pecado, y para llegar a creer en Jesús como el camino a la salvación. Después de la muerte no se concede otra oportunidad para ésto. Al morir, el hombre se confronta con una de dos posibilidades en la eternidad. Aún en el día de su muerte el malhechor que llegó a creer en Jesús recibió la seguridad: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lucas 23:43). San Pablo expresó su "deseo de ser desatado y estar con Cristo" (Filipenses 1:23). Al contrario, en la parábola que contó Jesús, el hombre rico se murió y se encontró en el infierno. (Lucas 16:22, 23). El libro a los Hebreos aclara que "está establecido a los hombres que mueran una vez, y después el juicio" (9.27). El creyente muere y se encuentra con Dios. El incrédulo muere y se encuentra en el infierno.

LA SEGUNDA VENIDA DE JESUS

Cuando Jesús ascendió al cielo, los ángeles prometieron su regreso. "Este mismo Jesús, que ha sido tomado desde vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hechos 1:11). Visiblemente, y en la misma manera que ascendió, Jesús vendrá de nuevo "en su gloria, y todos los santos ángeles con él" (Mateo 25:31). A la verdad, las Escrituras revelan que "entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo, con grande poder y gloria" (Mateo 24:30). El regreso glorioso de Cristo será muy distinto a su nacimiento humilde en Belén, cuando vino por primera vez al mundo.

LA RESURRECCION DE TODOS LOS HOMBRES

El día en que Jesús regrese será también el día de la resurrección de los hombres. Los cuerpos de todos los hombres serán resucitados de entre los muertos, no importa el tiempo de su muerte, ni el lugar de su entierro, o la condición de sus restos. Jesús nos da esta descripción: "Porque vendrá hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz, (y) saldrán" (Juan 5:28, 29). La palabra "todos" no excluye a nadie. San Pablo, al hablar ante Félix en Cesarea, testifica también "que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos" (Hechos 24:15). Los cuerpos de los creyentes como los de los incrédulos se levantarán. Esto será efectuado por Dios, para quien todo es posible.

EL JUICIO FINAL

En la segunda venida, Jesús se sentará sobre su trono de gloria y juzgará a todos los hombres. Jesús dice que "serán reunidas delante de él todas las gentes: y los apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos" (Mateo 25:32). San Pablo

menciona también que Jesucristo es El "que ha de juzgar a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino" (2a. Timoteo 4:1).

En el día del juicio Jesús dividirá a todos los hombres, los vivos y los que serán resucitados, en dos grupos. En cuanto a la base del juicio de todos los hombres, Jesús dice: "El que me desecha y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero" (Juan 12:48). El incrédulo, el que rechazó a Jesús y su Evangelio, será condenado. Su falta de hacer las obras que agradan a Dios será la evidencia de su incredulidad (Mateo 25:41-45).

EL INFIERNO

A los incrédulos Jesús dirá: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles" (Mateo 25:41). Esta es la condenación al infierno. El infierno, entonces, es el lugar de desesperación, en el cual el hombre es separado de Dios, la única fuente de esperanza y vida. El infierno es el lugar de sufrimiento indescribible donde los hombres estarán en "las tinieblas de afuera: ahí será el lloro y el crujir de dientes" (Mateo 8:12). El infierno es eterno, es decir contínuo y sin fín. Jesús dice que los a su izquierda "irán (estos) al tormento eterno" (Mateo 25:46). El día del juicio, será un día temible para los incrédulos como explica el libro del Apocalipsis: "Porque el gran día de su ira es venido; ¿y quién podrá estar firme?" (Apocalipsis 6:17).

EL CIELO

Los creyentes serán salvos. Estarán a la diestra de Dios. Jesús se referirá a sus obras como evidencia de la fe (Mateo 25:34-40). Oirán las palabras: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (v. 34). Este es el cielo, estar con el Señor en la presencia del que es la fuente de la esperanza, del gozo, de la paz, y de la vida. Esta es la nueva

Jerusalén de la cual hablan las Escrituras. "He aquí, el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos; y ellos serán su pueblo, el mismo Dios será su Dios con ellos. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será más y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor: porque las primeras cosas son pasadas" (Apocalipsis 21:3, 4). Todo lo que causó dolor, sufrimiento, tristeza y desesperación, ya no será recordado. El que está sobre el trono dirá "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas" (Apocalipsis 21:5). El cuerpo resucitado del cristiano será glorificado igual al cuerpo glorificado de Cristo (Filipenses 3:21). El cielo es eterno. Dice Jesús: E (irán) los justos a la vida eterna" (Mateo 25:46).

Para el creyente, entonces, el día del juicio no será un día terrible ni temible, sino un día gozoso. Entonces Jesús "será visto por segunda vez de los que le esperan para salud" (Hebreos 9:28). Jesús dice a los fieles: "Cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad y levantad vuestas cabezas, porque vuestra redención está cerca" (Lucas 21:28).

EL FIN DEL MUNDO

En las Escrituras el día del regreso de Jesús, o sea el día del juicio, también se llama "el fin del mundo" (Mateo 13:39). Este mundo presente, corrompido por el pecado, se acabará. Pedro se refiere a ese día "en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella están serán quemadas" (2a. Pedro 3:10). En lugar del mundo presente las Escrituras nos promenten "cielos nuevos y tierra nueva . . . en los cuales mora la justicia" (2a. Pedro 3:13).

¿CUANDO?

Al hombre le gustaría saber cuándo todo esto acontecerá. Algunos mantienen que ellos lo saben. Un tal William Miller una vez dijo que Jesús regresaría en el año 1.843. El trató de fundar sus cálculos en las

Escrituras. Pero cualquier esfuerzo a fijar el momento del fin del mundo es contra las Escrituras, porque Jesús dice: "De aquel día y de la hora, nadie sabe; ni aún los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre (Marcos 13:32).

Puesto que muchos siglos han transcurrido y Jesús no ha vuelto todavía, algunos mantienen que esto nunca pasará. San Pedro previó esto y escribió por inspiración: "En los postrimeros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación" (2a. Pedro 3:3, 4). Luego Pedro asegura: "El Señor no tarda su promesa" (v. 9). La promesa de la segunda venida de Jesús se cumplirá. Pero la hora de su cumplimiento no se puede saber, porque "el día del Señor vendrá como ladrón en la noche" (v. 10). Las Escrituras no revelan cuándo Jesús regresará, pero no dejan duda de que sin falta regresará.

VELEN Y PREPARENSE

Aunque Jesús no haya revelado el tiempo de su regreso, él nos ha dado señales de ésto. Algunas de estas señales son las siguientes: "Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestilencias, y hambres y terremotos por los lugares" (Mateo 24:7). "Muchos entonces serán escandalizados; y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos, Y por haberse multiplicado la maldad, la caridad de muchos se resfriará" (v. 10-12)."Y será predicado este Evangelio del reino en todo el mundo por testimonio a todos los gentiles; y entonces vendrá el fin" (v. 14).

Estas señales tienen un propósito. El Señor les pide a los cristianos que velen y anoten las señales. Estas especialmente deben motivarlos a estar despiertos siempres. San Pedro, escribiendo del día en que será destruído el mundo, exhorta a sus lectores: "Que tales conviene que vosotros seáis en santas y pías conversaciones, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios" (2a.

Pedro 3:11, 12).

Los cristianos siempre estarán listos para el fin por la fe en Cristo y por una vida que evidencia esta fe. Escucharán y guardarán las palabras del Señor: "Velad pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor" (Mateo 24:42).

381030
Basic Doctrines of the Bible
Spanish